

ZETA

1.ª edición: febrero 2009

- © María Gudín, 2006
- © Ediciones B, S. A., 2009
para el sello Zeta Bolsillo
Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Printed in Spain
ISBN: 978-84-9872-184-3
Depósito legal: B. 224-2009

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L.U.
Ctra. BV 2249 Km 7,4 Polígono Torrentfondo
08791 - Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

La reina sin nombre

MARÍA GUDÍN

ZETA

Omnia vincit amor

VIRGILIO

Esta novela se ha realizado gracias a las sugerencias y aportaciones de múltiples personas. En primer lugar, agradezco a Argentina Martínez, por compartir mil historias de mundos celtas a las orillas del Duero; a Natividad Lorenzo, por tantos años de libros e ideas; a María Molina, que escuchó muchas cosas que están presentes en este libro; a Pilar de Cecilia, que me ha enseñado a valorar la literatura y a creer en lo que escribo; a Carlos Pujol, quien, con su crítica exigente, ha hecho que dé lo mejor de mí misma; a Lourdes Álvarez por sus acertadas indicaciones estilísticas; a M.^a José Peña por sus aportaciones sobre la Historia altomedieval; a Almudena Jiménez, a Pachi Sánchez y a María Victoria Arredondo, por sus ideas, ánimo y confianza; a mi hermano José María Gudín por sus oportunas indicaciones y por su paciencia; a mis sobrinos Adrián y María, que querían siempre oír el cuento de los celtas de su tía María.

Finalmente esta novela está dedicada a mi mejor crítico literario, mi madre, M.^a Teresa Rodríguez-Magariños.

PRIMERA PARTE
BAJO UNA LUNA CELTA

I

El cautiverio

Bajo una luna celta las sombras de los árboles se alargan hacia el valle. Herida y anhelante, rodeada de bosques en penumbra, espero su regreso. Sé que él no volverá. La luna produce claros en la espesura, atravesando las ramas de los robles renegridos. Huele a sangre y madera quemada. El lugar de mi niñez, ahora en ruinas, es un mundo de fantasmas donde la vida se ha esfumado. Tengo miedo y mis sentidos se embotan, pero el viento fresco y húmedo de la madrugada me devuelve a la realidad. Aún hay llamas en el antiguo castro, ya no hay gritos. Ayer los había. Las gentes que lo habitaban gritaban de odio, de miedo y de dolor. Maldecían a Lubbo. Las construcciones de piedra semicirculares, elípticas, cuadrangulares, han sido incendiadas y todavía arden, otras son como yesca de piedra roja. Sólo yo, escondida, custodiando la copa de Enol, me mantengo viva.

Dirijo mis pasos hacia la cañada del arroyo, camino cada vez más deprisa hacia donde el agua viva surge multi-secular de la roca y forma un remanso. A lo lejos escucho cascos de caballos, ruidos de armaduras. Ellos posiblemente estarán al otro lado de la colina y siento miedo, al llegar a la cumbre quizá puedan divisar mis vestiduras blancas, bajo la luna llena de invierno. Si eso ocurre todo habrá acabado.

En lo lejano aúlla un lobo.

Emprendo una carrera atropellada hacia el vado que cubren los robles aún incandescentes, hacia donde la piedra se abrirá salvadora. Las ramas de los árboles ocultan en parte mi figura, me agacho. Una mata de acebo, todavía verde, tiende sus ramas hacia el remanso del río. Me escondo tras ella.

En lo alto de la colina, los guerreros detienen su marcha y olisquean el viento. La luna, llena, alta en el cielo, ilumina con fuerza el valle.

Escondida en el suelo tras el acebo, contengo el aliento y me deslizo hacia la roca plana bajo la cascada, allí guardaré la copa. Es posible que al moverme, desde lo alto de la colina, los guerreros cuados me descubran, pero nada importa ya. El agua helada hiere mis manos, mis brazos níveos, mi blanca ropa. Tras ejecutar lo que Enol me indicó, muevo con gran esfuerzo la enorme roca e introduzco la copa, cerrando con dificultad la losa. Suspiro ante el esfuerzo, y tiemblo por la humedad fría que me atraviesa las ropas. Tras de mí, cae el agua, su ruido cubre mi respiración jadeante. Lentamente, encorvada, me retiro del manantial. Al fondo del estanque, en el agua ya mansa, la luna destella en mi pelo, trigo dorado, y lo transforma en plata. Ahora la cara que manifiesta el agua está herida, con restos de sangre y arañazos, y me es extraña. Cierro los ojos y escucho solamente el borboteo del agua viva cayendo. Un ruido y al abrir los ojos, en el remanso se refleja la luz de la luna rebotando en la armadura de un guerrero. Tras de mí oigo un grito bronco y triunfal y noto el dolor de un guante de hierro que coge mi cintura y me eleva hacia el cielo, por un segundo diviso la luna brillando en el agua, un golpe seco en el cráneo y todo cesa para mí.

El dolor y el frío me despiertan, soy un fardo cargado en una carreta, la sangre brota de mis manos atadas. Escucho las voces extrañas de un idioma desconocido. En el carro, sacos de bellotas y centeno; el centeno robado del poblado de Arán, de mi casa y de mis gentes.

Al ir recuperando la conciencia, la congoja regresa a mi ser. En el cielo, la luna va descendiendo, y desde mi corazón una plegaria se eleva a la deidad de la noche. Al lado del carro cabalga un guerrero, su casco terminado en una punta que brilla por el rayo de luna, de él salen mechones pardos en la noche. Es un hombre recio y barbudo. Mira al frente, hacia los otros hombres que escoltan al carro pero, de modo repentino, al percibir que le observo, gira la cabeza hacia la dirección donde me oculto. Cierro los ojos, y escucho el estallido de un latigazo y un grito que no puedo entender. Una voz de mando detiene el látigo y de mi captor sale un grito enojado. Se oyen risotadas y aquel rumor de voces extranjeras que me aterra. Me adentro en la inconsciencia y por ella cruzan a menudo las imágenes de un pasado que no ha de volver. No tengo nada, rota por dentro y herida por fuera. Nada aguardo del futuro. Adivino el lugar adonde me conducen los que destruyeron el poblado. En sus cascos brilla plata, el último rayo de luna.

El bamboleo del carro prosigue sin término. Amanece. Un día gris y frío con el cielo surcado por nubes de tormenta. La marcha transcurre lenta. Con los huesos entumecidos, no percibo nada. Intento recordar el pasado pero en gran parte ha huido de mi mente. Corrieron rumores de guerra en el castro. Sin embargo, nada hacía presagiar la barbarie. Los hombres seguían cazando y las mujeres cultivaban la tierra. Aquel mismo día busqué raíces para un preparado con el que curar los dolores de un anciano. Los niños jugaban a la entrada del pueblo. Libres.

Tras muchas horas de camino, de nuevo cae la noche. Mis raptos se detienen junto al cauce de un río. Un sauce inclina las ramas sobre la corriente y una muralla de castaños cobija un claro en el bosque. Con una voz, el carretero detiene el armatoste de madera. Al cesar el vaivén de las ruedas, siento alivio, pero surge de nuevo un temor oscuro. ¿Qué harán de mí aquellos hombres desconocidos?

Mientras acampan, los guardianes parecen olvidarse de la cautiva. No sé quiénes son. A mi lado unos guerreros hablan, sin importarles la existencia de su rehén. Comienzo entonces a entender las palabras del idioma distinto. Su conversación es lenta y pausada, no a gritos como en el camino. Uno de los jefes de la comitiva habla con un subalterno.

Siento necesidad de amparo. Añoro a Enol. De niña pensaba que él no moriría jamás. Años atrás, cuando averigüé el destino de los hombres, él me prometió no morir. Y ahora... no sabía si él seguía entre los vivos y yo debía continuar, sola, entre desconocidos; con un destino que podría ser peor que la muerte.

Unos pasos se aproximan al carro donde, atada de pies y manos, intento vanamente ocultarme sin ser vista. Un hombre, de unos cincuenta años, de barba oscura, vestido con pieles y con el casco brillante, con una túnica ceñida por un cinturón de cuero, me suelta las ataduras de los pies. Por su atuendo parece un criado. A empellones me conduce junto al fuego, desata mis manos y me obliga a beber de una bazo-fia. Después a una señal de sus jefes me sujeta de pie a un árbol y estira mis brazos alrededor del tronco. Siento cómo me crujen las articulaciones. Me rodean varios guerreros que ríen sin compasión. Uno de ellos me levanta la barbilla para verme mejor la cara, le miro desafiante y tuerzo la cabeza con brusquedad. Al girar la cabeza, mi cabello le roza. Él lo coge con la mano y yo intento morderle. El hombre ríe y de forma que pueda entenderle me dice:

—Lubbo te domará.

A la voz de un guerrero con casco, uno de los capitanes, el criado se aleja de mí, todavía riendo.

Los hombres visten cortas túnicas, con ásperas capas negras que recogen con una fíbula en el hombro. Portan escudos ligeros y cubren sus piernas con bandas de lana. Algunos llevan en sus cabezas cascos de bronce; los jefes, cimeras plateadas.

Después del incendio de la aldea, pensé que no volverían, pero regresaron porque buscaban algo entre las ruinas de las casas, y así me encontraron junto al manantial. Quizá lo que perseguían era a mí misma.

Comen alrededor de un fuego un potaje de bellota, y comienzan a beber una bebida fermentada de la que no puedo conocer su origen. Suena una gaita primitiva, el sonido de una flauta y el tambor. Una melodía rítmica y salvaje. Risotadas y palabras fuertes. Dos hombres pelean. El guerrero del casco con punta les detiene y ellos, quizá para distraer al capitán, me señalan bromeando. Todos ríen y apuestan sobre mí.

Miro a la luna y una plegaria a la diosa madre sale de mi corazón. Mi respiración se hace cada vez más fatigosa por el miedo. Cuando están ya cerca, a menos de unos pasos, entro en trance como en tantas otras ocasiones muchos años atrás. El druida hubiera cogido mi cabeza suavemente, acariciándome las sienes y calmando mi turbación. Pero estoy sola y el trance prosigue. Veo una gran luz, como un fogonazo blanco que todo lo envuelve, la luz se transforma en figuras geométricas y por último aparece la amada figura de un hombre de barba gris. Comienzo a notar cómo un trance se apodera de mí, entonces me muevo convulsa, giro la cabeza en dirección a la luna, elevando el brazo izquierdo que con la fuerza del trance rompe ataduras y señala al astro de la noche. Antes de perder por completo el sentido, veo el rostro de los bárbaros que muestra horror y asombro.

Cuando recupero la conciencia, mis miembros se encuentran doloridos y descoyuntados. Las manos, ya libres de ataduras, han caído al suelo. Al incorporarme, los guerreros me rodean a una distancia prudente, forman un gran círculo alrededor del árbol. Una risa nerviosa remueve mis miembros, mientras un silencio tenso llena el claro del bosque. La luna brilla en lo alto, partida por una fina nube oscura. Los hombres tienen miedo de mí y de la luna. Todavía temblando me levanto del suelo, una brisa fina hace que mis ropas blancas ondeen al viento. Los guerreros cuados se alejan atemorizados.

II

El herido

Tras el trance, el cautiverio se hace menos duro. Los hombres me temen. Vigilada por dos soldados a caballo pero con las manos libres monto sobre un mulo de carga. Comienzo a comprender alguna de sus palabras. Durante el trance, mi madre la luna se hizo presente, y ellos empezaron a llamarme «hija de luna». Me llaman Jana, como Aster lo hizo meses atrás. Creen que soy una ninfa del bosque encontrada junto al arroyo.

Nos alejamos de la aldea de mi infancia y caminamos hacia el occidente bordeando el mar. Atravesamos senderos entre bosques inmensos. A veces veo acebos, el árbol de Enol, otras veces castaños y robles, adivino el muérdago colgando sobre sus ramas. Entre las voces de los guerreros escucho el nombre de Albión una y otra vez. Mis recuerdos me llevan atrás, al día en que encontramos al guerrero huido.

Han transcurrido ya muchas lunas y en aquella época yo había cumplido los quince años. Una mañana, Enol y yo, mientras recogíamos plantas en el bosque, encontramos un guerrero en la espesura. Un hombre herido y solo, oculto entre los árboles.

Recuerdo aquel día como si fuese hoy: habíamos salido de la casa de piedra muy de mañana en la hora en la que todavía el aire es fresco. Dejando la casa atrás, giramos a la izquierda,

hacia el arroyo que circulaba con escaso caudal entre las piedras. El sol, no muy alto en el horizonte, introducía sus brazos de luz entre las ramas del roble, el castaño y el pino albar. Aquel camino de piedras y polvo aún serpentea hoy entre los bosques. Seguimos fatigosamente la ancha senda y después tomamos un camino lateral poco transitado y amurallado por rocas. El sendero se introducía en el bosque, a lo lejos se mostraba desierto; sólo en algunas épocas del año, en otoño y primavera, los leñadores del poblado recorrían aquella senda.

Dejamos el camino, que ancho y hendido por las ruedas de los carros, tras más de dos horas de marcha, conduce al castro vecino. Aquel día, Enol, nunca supe bien por qué, tomó un camino lateral, casi cubierto por la vegetación y se alejó de todo lugar habitado.

Enol cortaba el ramaje con una hoz grande y se abría paso, yo correteaba tras él. A hurtadillas le observé en silencio. Por allí, el bosque se volvía más sombrío y en sus sombras crecían hongos y setas. A veces al recoger las plantas, Enol musitaba unas palabras que parecían una oración. El sonido armónico de su voz se tornaba a menudo ininteligible, y parecía expresar adoración a Algo o a Alguien.

Le pregunté:

—¿A qué Dios rezas, Enol?

En el poblado, algunos adoraban a Lug, y las mujeres invocaban a Navea en sus partos; en plenilunio se daba culto a la diosa luna, y aun había alguno que rezaba a las viejas divinidades de los romanos. Yo conocía a quien adoraba a un solo Dios. Se les llamaba cristianos y no había muchos en nuestra aldea, pero en el poblado más allá de la colina —años atrás— se refugiaron algunos que huían del occidente. A Enol no le gustaban, los consideraba pobres, atrasados e incultos. Sin embargo, yo sabía que Enol no adoraba a los antiguos dioses. Cuando me respondió, sin levantar los ojos de las plantas que arrancaba, dijo:

—Al Único Posible...

No me causó sorpresa su respuesta, tantas veces le había visto rezando en el bosque o en la cámara alta de la casa jun-

to a las pajas. La faz de Enol orante se metamorfoseaba en un rostro más joven, intemporal y eterno; pero yo sabía que en su oración él no encontraba sosiego. Era una oración tensa y triste, llena de pesar, sin paz alguna.

Por eso, el día en que encontramos al hombre en el bosque, después de hablar de su Dios prosiguió, sin apenas mirarme, y musitó para sí:

—... pero Él me ha dejado.

Me daba miedo su actitud y no fui capaz de proseguir la conversación, aunque en aquella época el tema de los dioses me interesaba mucho. A menudo había discutido sobre ello con los otros chicos del poblado. Cuando después de una travesura buscábamos refugio tras la tapia del lado sur del castro, donde no nos podían ver los guardias, hablábamos de los dioses y de los hombres.

Además de Lug y Navea, se adoraba al caballo —señor de fuerza— y al monte Cándamo, pero Enol adoraba al Único Dios Posible. Una vez me explicó que si un dios tenía rival dejaba de serlo, que el Único Posible tenía que ser el Uno, el Verdadero. No le entendí. A mí me gustaban las figuras de los dioses antiguos y adorar al sol y a la luna que, ingenuamente, me parecían más cercanos que el Único Posible, el dios de Enol, que era un Dios lejano y celoso, que no quería a otros.

Los hombres del poblado respetaban a Enol porque les infundía temor, curaba sus enfermedades y adivinaba el futuro. Aunque el druida no compartía sus cultos, los toleraba. Alguna vez le oí decir que cualquier rito sagrado era siempre el culto al Único Posible. Así, Enol no se oponía a sus ritos, más de una vez había presidido con respeto los cultos nocturnos, pero cuando la fiesta se llenaba del olor del hidromiel y el alcohol, discretamente se retiraba.

El calor se volvía espeso entre las ramas de los pinos, caminábamos despacio bajo la calima, ajena a aquellas tierras. Enol, siempre observador, se detenía a menudo y recogía plantas de diversas especies. Me enseñaba sus nombres y propiedades. Algunas eran venenosas y mortales, otras cu-

rativas, estaban las que serenaban el espíritu y las que producían el sueño. Me gustaba conocer las virtudes de las plantas y, por aquellos días, ya me adelantaba a la mirada de Enol, que a veces se volvía imprecisa, y ayudaba a recoger las plantas que el druida requería. Enol emitía un sonido polisilábico al recoger ramas y raíces, mientras su larga barba gris rozaba los pétalos de las flores.

Nos hundíamos en el bosque umbrío y espeso, yo recogía las raíces en un saco pequeño. Los tubérculos pasaban de las manos, grandes y huesudas de Enol, a las mías, pequeñas y blancas. El sol fue ascendiendo en lo alto, me encontraba cansada por el trabajo que no había cesado desde el amanecer. Nos habíamos internado demasiado en el bosque cada vez más oscuro.

Enol sonrió al ver mis esfuerzos por mantenerme a su altura. Se detuvo, quizá para que yo le siguiera y me mostró una flor con hojas picudas.

—¿Ves esta flor? —me dijo.

—Es el diente de león.

—¿Sabes para qué sirve?

—Facilita la digestión y calma los cólicos.

Enol sonrió. Le encantaba enseñar, y sobre todo le gustaba comprobar que yo aprendía. Había logrado instruirme en los nombres de todas las plantas en aquel bosque que tenían función medicinal. Evitaba que aprendiese sus enseñanzas como una cantinela, siempre me explicaba los porqués de cada tratamiento. Con pocos años, yo conocía ya muchos remedios y el cuerpo humano. Disfrutaba aprendiendo y Enol me dijo alguna vez que yo poseía el don de la sanación. Decía que quizá se debía a que mi madre me había traído al mundo una luna llena, por eso —afirmaba Enol— yo sabía relacionarme con las plantas y con las enfermedades de los hombres.

Nos detuvimos frente a un enorme fresno de hoja ancha y alargada, con el tronco de corteza gris y resquebrajada.

—Al fresno le gusta el sur, necesita sol y aquí, exceptuando en el verano, no hace mucho. Es un árbol agradable, sus hojas hervidas calman el dolor de mis huesos.

El druida, con una rama en quilla, tiró de las ramas del fresno e hizo que descendiesen, después cortó unas hojas. Inmediatamente, prosiguió andando y se dirigió a un claro en lo más escondido del bosque por donde corría un arroyuelo. Solía acudir a aquel lugar porque allí crecían multitud de setas por la humedad y la penumbra. Tras llenar un talego de hongos, nos sentamos sobre un tapiz de hierba y flores pequeñas; de una faltriquera Enol sacó pan moreno y queso. Con una escudilla tomó del arroyo agua transparente, muy fría. Después me acercó la vasija, y noté su mirada alegre al ver mis rizos dorados que se introducían en la escudilla sin dejarme beber.

Fue entonces cuando le oímos. Primero muy suave, después más profundo, más alto, más agudo: un quejido proveniente de lo más recóndito del bosque, no muy lejos de donde corría el arroyo.

Comenzó como un gemido que se transformó en llanto, en un sonido doloroso y amargo. Enol se levantó, tomó la escudilla de mis manos y la guardó. A zancadas bruscas, atravesó el claro seguido por mis pasos cortos de niña. Corrí tras él. Las aguas del arroyo se originan en la montaña, y son frías. Nos mojamos los pies, chapoteando entre las rocas. Aún recuerdo su frescor después del calor de aquel día. Más adelante, en el cauce del río, pudimos ver que las aguas cristalinas del arroyo se encontraban teñidas de un color sanguinolento. Enol aceleró el paso, y a lo lejos vimos una figura de un hombre. Un viejo roble hundía sus raíces hacia el regato; sobre ellas yacía el cuerpo de un joven que en medio del río, sumido en la inconsciencia, gemía con aquel grito lento y doloroso que rebotaba en la profundidad del bosque. Un hombre alto y fornido de cabello oscuro, entrado ya en la veintena, emitía aquel sonido del que el viento hacía eco. De repente, el sonido cesó pero Enol ya se encontraba junto a él, examinándole de un modo detenido, tal y como solía hacer con los enfermos.

—Está grave, niña, acércate y ayúdame.

Le ayudé, y retiramos el cuerpo del herido de la corriente. En su espalda había clavada una flecha, una flecha con penacho negro. Enol tiró con cuidado de ella. El desconocido vestía una túnica larga marrón y una capa negra, con botas y calzas de cuero; la túnica estaba desgarrada y llena de sangre.

Pude ver la cara del forastero, de rasgos rectos, sin apenas barba; los ojos se entreabrían, dejando ver su color muy oscuro, las pestañas espesas y las cejas negras, densas y casi juntas. El druida escudriñó atentamente su cara, y pude observar una arruga en su frente, la misma que se producía en él cuando se encontraba preocupado e indeciso. Adiviné una lucha en su interior. Si aquel hombre era un enemigo de la aldea, Enol tendría problemas con Dingor. Y muy probablemente no sería un amigo, dado que huía hacia la profundidad del bosque, lejos de los lugares poblados. Sin embargo, Enol nunca hubiera dejado abandonado a un herido.

Además de la herida de flecha en su espalda, en su vientre se adivinaba un corte producido por una espada, no muy profundo pero que sangraba abundantemente y al caer se había roto una pierna que se veía torcida.

—Ha recibido un buen tajo en el vientre, tiene la pierna rota, pero lo que le ha abatido ha sido la herida de flecha, está emponzoñada, ¿lo ves? —habló el druida y mostró el veneno en la punta—. Ha ejercido su efecto mucho más tarde de cuando fue clavada. Habrá sido lanzada a traición por la espalda.

Después me pidió la bolsa con las hierbas, las bayas y raíces. Con desasosiego buscó una determinada raíz.

—El antídoto. Ve a buscar agua del arroyo.

Cuando encontró la hierba, me pidió el agua, y después de lavar la herida de la espalda, mascó la hierba y la introdujo en la estrecha herida de la flecha.

—Nunca introduzcas nada mascado en una herida. Siempre ha de hervir antes, pero ahora hay veneno y lo primero ha de ser neutralizar los efectos nocivos de la ponzoña.

Giró una vez más al herido y pude ver su rostro contraído por el dolor.

—Debemos hacer fuego, para calentarlo.

Con yesca y pedernal encendió la hojarasca; le traje ramitas secas y después algún tronco más grueso. Después Enol sacó la copa, su preciosa copa. La copa ritual de medio palmo de altura, exquisitamente repujada con base curva y amplias asas unidas con remaches con arandelas en forma de rombo. Me atraía su visión; cada vez que Enol la sacaba a la luz, yo no podía apartar mis ojos de ella, de sus incrustaciones de coral y ámbar, de su base repujada en oro, de su fondo de piedra de ónice. Enol extrajo de su faltriquera los ingredientes de la pócima, me envió a buscar alguna hierba en el bosque y fue juntando los componentes, revolviendo todo con cuidado. Me explicaba despacio lo que estaba haciendo; sentí que algún día lo volvería a necesitar.

—Los venenos de Lubbo sólo curan con este brebaje, que debe ser preparado en la copa. Lubbo tiene muchos venenos.

Mientras al fuego en la copa hervía la poción, colocamos al herido en un lecho improvisado de hojarasca; Enol le colocó mi capa de niña bajo la cabeza, y le cubrió con su manto, más grueso. El guerrero temblaba de fiebre, de vez en cuando penetraba en la inconsciencia; otras veces parecía despertar de su letargo y gritaba de dolor. Abrió los ojos y pude ver sus ojos de color oscuro, unos ojos brillando como carbones negros sobre la piel pálida y blanca.

Cuando la pócima hubo hervido, el sanador limpió de nuevo las llagas con el líquido humeante. El herido protestó al sentir el escozor de la quemadura. Después Enol vendó la herida y le hizo beber la infusión que actuó como un narcótico; por fin, entró en un sueño que reparaba heridas y padecimientos ya pasados.

Nos quedamos junto al herido todo el día sin movernos del bosque. Enol estaba extrañamente silencioso, hosco y callado; en esas condiciones, sabía bien que era mejor no hablarle.

El día de verano se hace largo. El sol va descendiendo entre los árboles iluminando la penumbra de la fraga, al mirarlo me deslumbro. Percibo que Enol se levanta.

—¿Qué vas a hacer?

Enol responde bruscamente a mi pregunta.

—No lo sé.

—¿Le llevaremos al poblado?

—Sería su fin, Dingor le entregaría a sus perseguidores.

—¿Quién es?

Enol dudó en la contestación. Creo que desde el primer momento supo quién era él.

—Debe de ser un hombre de Ongar, quizá perseguido por los de Albión, posiblemente un rebelde a Lubbo.

Al oírle, pensé en Ongar, donde los insumisos a Lubbo se habían refugiado, en las altas montañas de nieves perpetuas, junto a los lagos, y pensé también en Albión, en las extrañas historias que circulaban por el poblado. La antigua capital del país de los castros, ocupada ahora por invasores a los que el poblado pagaba un tributo anual. Albión, la ciudad junto al Eo, el más grande de los castros de la montaña, protegido por el mar y el río.

Llegó la noche y con ella una brisa fresca; el hombre bajo la gruesa capa de Enol dormitaba. La luna menguaba entre los árboles. En la fogata, lumbreaban los rescoldos de las brasas.

Sentados sobre el suelo apoyando la espalda sobre los troncos de los árboles velamos el sueño del herido. Cuando la luna estaba ya muy alta sobre el horizonte, el hombre abrió los ojos, y al verse entre sombras intentó revolverse y coger su espada. Se oyó la risa de Enol, me pareció fría y dura, yo nunca le había oído reírse así. El hombre intentó levantarse y no pudo, un dolor en el abdomen se lo impidió. La voz de Enol se volvió suave mientras decía:

—No te haremos ningún daño.

El herido miró al frente y no vio sino a un hombre casi anciano y una adolescente casi una niña, se tranquilizó.

—¿Quiénes sois? —preguntó con voz débil.

—No, no. Las preguntas las haremos nosotros. —Enol habló con aspereza, y después continuó en un tono más amable—. Vivimos en el castro de Arán.

Al oír el nombre del castro, inmediatamente el joven preguntó:

—¿Servís a Lubbo?

—Se le paga un tributo. No, no te llevaremos al poblado, no es seguro para ti. Tras el río hay una cueva, allí estarás bien.

Antes de levantarlo, Enol examinó de nuevo la pierna, torcida y posiblemente rota a mitad de pantorrilla. Con el cuchillo taló una rama de fresno y, mediante un vendaje, inmovilizó la articulación de la rodilla y el pie. Con cuidado, Enol le ayudó a levantarse, todo su peso se reclinaba en nosotros. Entonces me di cuenta de la fortaleza de Enol; pasó uno de los brazos bajo el hombro del herido y con el otro le sostuvo por la espalda. Yo, débilmente, le así por la cintura y percibí su peso. Él apoyó un brazo sobre Enol y el otro sobre mi hombro. Noté que al rozar mi cabello extendido por los hombros, lo hacía con suavidad, delicadamente.

Recorrimos con lentitud el espacio que nos separaba hasta la cueva, un lugar fresco y recogido, rodeado por el río, oculto por sauces y álamos que formaban una cortina de verdor y lo aislaban de miradas extrañas.

De nuevo, con mi capa Enol formó una almohada, y con hojas secas un lecho, le cubrió con su manto, revisó la herida y sonrió.

—Necesitas descanso —dijo Enol.

—¿Cómo agradecer vuestra ayuda?

—Callando —contestó secamente Enol—. Aquí estarás seguro, pero si te encuentran no hables de nosotros. La niña te traerá comida, y yo cuando pueda vendré a verte y revisaré tus heridas. No salgas de aquí. Si te encuentran los del poblado... bien, no podré hacer nada por ti.

Salimos de la cueva, era muy tarde, pero la luz de una luna que descendía en el cielo nos iluminaba en el camino. En el poblado, los guardas habrían cerrado ya las puertas, pero la casa de Enol no estaba dentro de la muralla. Eran tiempos de paz aparente y fuera de los muros del castro vivían gentes sin recursos, o extranjeros como Enol y como

yo. Sobre la puerta de nuestra casa nos recibió el escudo de acebo, símbolo del sanador. Enol no habló apenas por el camino. Yo ardía en preguntas, pero conocía bien que en aquel momento él nunca las hubiera contestado.

Cada tarde, cuando las sombras de los árboles se volvían largas y estrechas, tomaba mi cántaro y en lugar de dirigirme a la fuente me adentraba en el bosque. Llevaba al herido agua y comida. Yo no sabía quién era.

Tiempo después Aster me confesó que deseaba que el sol descendiera del cielo a la caída de la tarde sólo para verme aparecer. Mi figura clara aparecía a su vista en el bosque umbrío y muchas veces creía ver a un hada o una ninfa de las fuentes, o una jana de los bosques. Así comenzó a llamarme, Jana, el mismo nombre que tiempo después me dieron mis captores. Me dijo también que contenía la respiración al ver el sol de atardecer reflejándose sobre mi pelo dorado.

Fueron días alegres y arriesgados. Deseaba que descendiese el sol para ver a mi herido y durante el día me consumía de impaciencia, temía encontrarlo peor porque sus heridas tardaban en curar. Anhelaba que llegase el momento de volver a estar junto a él y entre mis ocupaciones diarias en el hogar, con Marforia, se me representaba a menudo su rostro maltrecho. Veía su boca firme y fina, sus cejas negras y arqueadas, sus ojos oscuros, casi negros, que se fijaban en mí al entrar en la cueva, como se fijan los ojos de un perrillo pendiente del amo. Su piel blanca se había tornado casi translúcida por la pérdida de sangre, la barba escasa de hombre joven se iba formando en un rostro anteriormente lampiño. Su cara angulosa, enmarcada por los pómulos elevados y rectos, mostraba a menudo un rictus de dolor. Ansiaba que llegase el momento de volverle a ver, pero no siempre era fácil escapar sin ser vista; los mozos del lugar, anteriormente mis compañeros, me seguían porque sospechaban que ocultaba algo.

Yo no había nacido en el poblado, Enol y yo llegamos a Arán en un tiempo del que no tengo memoria. Enol cons-

truyó la casa fuera del castro, labró toscamente el escudo de piedra de sanador, y con su arte se ganaba la vida. Adquirió prestigio en el lugar como druida y curandero, venían de lugares lejanos a que él les sanara. Me crié con un ama —la vieja Marforia— que me nutrió, pero nunca hubo un sitio para mí en el poblado. Al correr de los años, Enol se ausentaba a menudo, nunca me dijo adónde se dirigían sus pasos, y a menudo me quedaba sola en la casa, o lo que era peor, cuando Enol preveía que se iba a ausentar durante mucho tiempo, me recluía en la casa de la vieja Marforia. No trataba a las niñas de mi edad porque sus madres las retiraban de mí, apartándolas por ser extranjera. Sin embargo, nunca me vi sola en el poblado de Arán, los chicuelos del lugar jugaban por el bosque y no me negaron su compañía, me convertí en uno más de ellos e incluso, no sé por qué extraña jugada del destino, aquellos muchachos me obedecían.

Entre nosotros se hablaba de la caída del príncipe de Albión y del gobierno despótico de Lubbo; pero, niños aún, los sucesos no nos afectaban más que por la cara adusta de los mayores.

Los habitantes del lugar, como los de los otros castros de las montañas, estaban divididos. Para algunos, los tiempos antiguos les parecían los mejores; éstos eran partidarios de Lubbo, que había restaurado el orden tradicional. Lubbo permitió sacrificios de animales e incluso de hombres en los castros. Lubbo era cruel y se había aliado con los guerreros cuados para derrocar a Nícer, *princeps Albionis*, príncipe de Albión.

Los hombres más sabios y prudentes de los castros odiaban a Lubbo. A éstos, los tiempos antiguos les causaban horror; del sur llegaban aires nuevos y hombres de paz predicaban una buena nueva. Los hombres prudentes habían querido a Nícer, príncipe de Albión, y sabían que la ocupación de Lubbo y los cuados era injusta, pero no se atrevían a levantarse en armas contra Lubbo. Sólo algunos resistían en las montañas de Ongar, proscritos de sus castros, pero a la vez siendo la esperanza de muchos otros, que confiaban

en que la invasión terminase y la tiranía de Lubbo alcanzase un final. Dentro de los poblados, nadie protestaba abiertamente, habían perdido toda esperanza; después de la muerte de Nícer y la caída de Albión, todo había acabado y se sometieron a Lubbo.

Entre mis compañeros de juegos, los más valientes odiaban a Lubbo, algunos habían perdido a parientes y familiares cercanos en la persecución que se originó tras la caída de Nícer. Lesso era uno de ellos, pensaba que Nícer o alguien como él volvería. Su hermano Tassio había escapado hacia Ongar.

Aquellos días, no podía ver a Lesso, no debía hablar del herido y Lesso, que me conocía bien, habría adivinado que tenía un secreto. Juré a Enol no hablar con nadie del hombre del bosque y debía cumplir mi palabra.

En cuanto a Enol, su actitud era extraña, cuando en el poblado se hablaba de Lubbo y de Nícer, él se mantenía al margen. Extranjero en aquellas tierras, no parecía interesarle la suerte de los albiones, de los luggones o de los pésicos. Sin embargo, yo intuí muchas veces que Enol odiaba a Lubbo. Sí. No lo expresaba con palabras, ni decía nada al respecto, pero cuando el jefe del poblado se acercaba trayendo noticias de Albión y de las iniquidades de Lubbo, una nube negra cruzaba la mirada de Enol.

III

El herrero

Sé lo que va a ocurrir. A menudo veo el pasado o lo que sucede en cada momento, a veces presiento el futuro. Enol se sorprendía por ese don, en el que él mismo me inició. El druida me decía que explorase en mi interior. Dentro de mí aparecerían ideas y sentimientos que me harían conocer a los hombres, de esa manera podría intuir lo que harían, y eso me permitiría predecir el futuro. Adiviné que los cuados me llevaban a su poblado y no iban a matarme. Querían algo de mí, y supuse qué querían. Al principio temí que me sacrificaran a su dios cruel y ávido de sangre, pero ahora percibía que me consideraban valiosa para Lubbo.

Unos días después del trance, los hombres de la cuadrilla comenzaron a olvidarlo. Habían perdido el miedo. Ese día llamé a los gusanos de la noche. En un alto del camino, cuando el sol lucía fuerte, me pude sentar en el suelo. Unos pequeños animales, invisibles para mis captores me rodearon, los introduje en una faltriquera entre mis ropas. Nadie se dio cuenta. Prosiguió el camino, lento y fatigoso. Un guerrero de pelo rojizo intentó tocarme, el capitán me defendió. Yo tenía miedo, en la noche nadie me salvaría. La luz se fue apagando lentamente en aquel día de otoño y, al fin, llegó la noche. Cuando el fuego de la hoguera se volvió brasas, una luz de luciérnagas salió de mi pelo, de mis ropajes. El hombre pelirrojo quiso acercarse, pero al ver las luces pequeñas pensó que los duen-

des del bosque me protegían y salió corriendo. Los otros hombres, desde su duermevela, miraban y callaban asustados.

No conseguí conciliar el sueño. A pesar de las luces, los hombres podían volver. En el cielo, en una noche sin luna, las estrellas brillaban con luz diáfana y suave. La Vía Láctea llenaba de un polvo brillante el cielo, a lo lejos brillaba Orión, la Estrella del Norte, Andrómeda, el Carro Mayor y el Menor. Más allá Vega, Sirio y Venus elevándose sobre el horizonte. Regresé con mi mente al pasado, al tiempo en el que Enol me explicaba los nombres de las estrellas, al tiempo en el que atendimos a un herido en el bosque.

Al caer la tarde, salía ocultamente del poblado, en una ánfora grande guardaba la comida y las vendas para curar al herido. Por el sendero que va al castro, caminaba hacia la fuente, pero antes de llegar a ella, bruscamente torcía el rumbo. Así, si alguien del poblado me observaba, no vería nada más que una joven de las muchas que en las tardes de verano se dirigía a buscar agua al manantial. Después cruzaba el bosque de castaños que rodea el torrente, más allá de un robledal, giraba a la izquierda, alcanzaba el río y después el arroyo. Siguiendo su cauce, tras caminar un trecho llegaba a la cueva. Al principio me solía acompañar Enol, después iba sola. En los primeros días de su enfermedad el herido deliraba y yo vigilaba atentamente su sueño. Después de depositar en el suelo la comida y las pócimas que Enol le había preparado, me sentaba a su lado mirando. Cuando él despertaba, yo huía llena de temor. Me avergonzaba de algo que no sabía qué era. Su sueño, en cambio, me enternecía, me agradaba verle dormir. Día tras día, sentada junto a él, velé su sueño.

Un día, él abrió bruscamente los ojos. Desde tiempo atrás, a través de sus párpados entrecerrados, acechaba mis movimientos. Sus ojos muy oscuros, casi negros, rodeados de pestañas sombrías y espesas sobre una piel blanca, se posaron en mí. Yo me fijé en sus rasgos recios, en los que una barba oscura iba creciendo joven, sobre una boca pequeña, masculina e interrogadora.

Me asusté, e intenté irme.

—No te vayas... —me dijo.

—No puedo...

—¿Por qué?

Con timidez pero rápidamente me levanté, y él cogió la falda de mi túnica para evitar que huyera.

—Enol no quiere que hable contigo.

—No entiendo a ese Enol, me ayuda pero en su mirada hay odio, y no te deja hablar conmigo.

—Enol es un hombre bueno y justo, es sanador, protege a los desvalidos.

Me miró asombrado y divertido.

—Así que eso me consideras... —Se rió—. ¿Un desvalido? Al hombre más peligroso y más buscado de todos los astures y cántabros... ¿le llamáis desvalido?

Yo callé, intentaba desprenderme de sus manos, me sentía cada vez más asustada. Volvió a reír.

—No te dejaré ir hasta que me digas tu nombre.

Callé obstinadamente.

—Te llamaré Jana, eres como una ninfa del bosque que surge junto a un manantial, y tu pelo dorado brilla al sol. Sí, serás Jana, nombre de bruja y de hada del bosque. A lo mejor lo eres. —Suspiró y después me tomó el pelo—. Muy joven. ¿Cuál es tu edad? No tendrás más de trece o catorce años.

Aquello me ofendió

—Ya he cumplido quince, muchas de la aldea suelen estar casadas a mi edad y algunas... —dudé— son madres.

—Sí, pero tú eres más niña. Te he observado estos días, mientras muy seria creías velar mi sueño. No creo que seas hija del hombre que me curó.

—Enol.

—¿Quién es?

—Es mi padre —dije dudando.

—Un hombre extraño. Conozco a los hombres por la expresión de sus rostros, es un don que heredé de mi padre. Me parece ver a veces a Enol entre los árboles. Aquel día vi una copa muy hermosa entre sus manos.

No debía hablar de la copa, pero él me había tratado como una niña y yo quería impresionarle.

—Es un druida, sabe sanar, utiliza la copa para hacer las pócimas.

—¡Ah! Sí, las pócimas... —dijo con aparente desprecio para hacerme hablar—. Será un curandero.

—No, no es un curandero. Es un verdadero druida. Ha estado en el norte, en la isla de Man y en Britania.

Sentí sus ojos escrutando mis palabras inquisitiva, atentamente, con sorpresa y preocupación.

—Lubbo dice también que es druida. Quedan pocos. Son peligrosos. Guardan tradiciones de tiempos antiguos y aman la sangre humana y de animales.

—Enol, en cambio, odia los sacrificios. Además, te ha salvado la vida —protesté yo— y le debes agradecimiento.

—Lo sé.

Cerró los ojos. Cada vez que él cerraba los ojos, la luz se apagaba en la cueva. Soltó mi manto, noté que estaba fatigado.

Me dejó ir y me alejé de él, al principio lentamente. Después atravesé el bosque deprisa y, al llegar al camino, la luz de entre los árboles se apagaba, atardecía en aquella tierra verde. A lo lejos, vi a dos hombres cargando con un gran haz de hierba recién cortada, se daban prisa en llegar al poblado antes de que se hiciese de noche y se cerrasen las puertas del murallón de entrada. Llené con calma el cántaro en la fuente. Yo no tenía prisa, de lejos divisé la luz del hogar, Enol había llegado ya. Corrí hacia la casa, noté sus brazos, fuertes pero cansados, que me acogían, después me ayudó y puso a un lado mi cántaro lleno de agua.

—¿Cómo está el herido?

—Está mejor —respondí tímidamente—, me ha hablado.

Se puso serio. Elevó una de sus cejas, de aquel modo que Enol solía hacer.

—Será inevitable que hables con él. —Suspiró y como si viese en la lejanía, después continuó hablando—. Debo partir de nuevo.

Me entristecí, y él me acarició posando su mano en mi mejilla.

—Sé que no entiendes mis viajes y que no te gusta estar en la casa de Marforia, le he pedido que se traslade a vivir aquí.

—No es lo mismo.

—No sabes mucho de ti misma... pero tú no eres de la raza de los albiones, tú procedes de otra estirpe. Debes recobrar tu lugar. Yo tengo esa deuda contigo, pero todavía es pronto.

Le miré con asombro, intentando averiguar lo que querían decir aquellas palabras, «otra estirpe».

—Prométeme que hablarás lo menos posible con el hombre del bosque.

—Lo menos posible —repetí sin convencimiento.

—Está bien —aceptó con resignación.

Yo asentí.

Al amanecer, partió Enol en una cabalgadura fuerte, que solamente usaba cuando sus viajes se iban a demorar largo tiempo.

Los días de aquel verano pasaron como las nubes cuando amenaza tormenta. Seguí yendo a visitar al herido y gradualmente vencí la timidez inicial; ahora yo ardía en curiosidad, quería conocer todo acerca de él.

—¿De dónde vienes?

—Más allá —y señaló al oriente—, en las montañas altas siempre cubiertas de nieve, hay un pueblo que es como el tuyo. Allí me crié, en el pueblo de mi madre, cerca de los lagos de Enol.

Me observé alegre, unas semanas atrás yo no habría pronunciado palabra en su presencia, a él le gustaba verme así preguntando mil cosas. Y yo, ahora, a su lado sentía como si hubiese descubierto a un amigo, largo tiempo esperado.

—Preguntas mucho —dijo él.

—Bueno. Aquí nunca hay novedades... los hombres van al sur y vuelven con botín, o cazan en el bosque. Las mujeres labran la tierra y cuidan las casas. Alguien muere, una mujer pare, a otra la casan.

—Yo te saco de la rutina... —el herido me cortó meditabundo—, eso quiere decir que en tu poblado hay paz.

—A veces se pelean... me refiero a los hombres del poblado.

—Eso sigue siendo la paz y el orden, un orden relativo, claro está.

—Sí. Yo quiero conocer otros mundos —le dije—, otras gentes.

—¿Y...? ¿Cómo sabes que hay otros mundos?

—Enol me enseñó. Él sabe leer y tiene pergaminos, y yo he leído.

Me miró sorprendido, y susurró, como hablando consigo mismo.

—... entiendo las letras... pero sólo manejo bien la espada.

Le observé atentamente, estaba cansado y se reclinó hacia atrás, con la mirada en lo lejano. Sentí una profunda curiosidad por conocer de dónde provenía y cuáles habían sido sus pasos hasta ese momento.

—¿Cómo es tu tierra?

—Es un lugar al norte, en los lagos. Un lugar lleno de nieve en invierno y de torrenteras en verano... el hogar de la familia de mi madre. A lo lejos desde lo alto de los picos, en los días claros se ve el mar. Pero yo nací en Albión.

Calló. Parecía que el pasado volvía a su mente, cerró los ojos y por su interior pasaron los días de aventuras, los combates. Noté cómo un rictus de dolor cruzaba su cara, y sentí compasión. Con suavidad, con un dedo, dulcemente, toqué una de sus heridas en el brazo. El semblante del herido se dulcificó, abrió los ojos, y examinó mi cara anhelante. Yo quise conocer más y pregunté.

—¿Quién te hirió?

—Lucho contra Lubbo. Desde la montaña bajamos una partida de hombres para hostigarle. Caí prisionero. Me trasladaban hacia Albión, pero pude escapar gracias a mis hombres, que murieron. —No quería hablar, y finalmente cortó la conversación—. ¡Preguntas mucho, niña!

—Enol, bueno, es tan callado... casi nunca me cuenta cosas que ocurren fuera, me entero por los chicos del poblado, y yo quiero saber qué ocurre lejos de aquí, en otros lugares.

—Lejos de aquí, en donde, a pesar de la tiranía de Dingor, hay paz, todo lo demás está en guerra, y Lubbo es uno más de este mundo revuelto. Anteriormente, hace muchos, muchos años, Roma estaba abajo en la meseta, nosotros los pueblos cántabros vivíamos en paz y protegidos por sus leyes. Roma cayó, entraron en las tierras del sur y hacia el oeste los suevos —cuados les llamáis vosotros—, los vándalos y más al sur y aún más tarde los pueblos godos. Los albiones y las otras tribus del norte siguieron libres, salvaguardados por las montañas. Sólo los suevos nos acosaban; fue entonces cuando Lubbo nos traicionó, mató a Nícer y gracias a los guerreros suevos se hizo con el poder. Yo lucho contra él. A pesar de todo, aquí en el valle de Arán hay paz, en este lugar escondido en las montañas todavía hay paz. Sólo pagáis un tributo a Lubbo pero no estáis enteramente dominados por él.

Le interrumpí. Entendí parcialmente lo que me explicaba, lo había oído relatar en el poblado, pero no sabía qué quería decir cuando decía «Hay paz», en su expresión se apreciaba que él la añoraba. Yo no veía la paz, y menos aún en los últimos tiempos desde que los hombres de Lubbo entraban y salían del poblado, llevándose a menudo las cosechas.

—No hay tanta paz como dices. Los hombres del poblado se pelean por Lubbo, a muchos no les gusta, aunque callan —dije—; desde que Lubbo sometió a Arán al poder de los cuados todos tienen miedo. Por las noches se cierran las puertas del poblado. Los lobos bajan de la montaña. Enol y yo nos quedamos en la casa aislados, a veces yo también siento miedo.

—Entonces —respondió él sonriente—, veo que por aquí tampoco la vida es tranquila.

—Sí, pero para mí todos los días son iguales, y... —repetí— quisiera ver otros mundos.

Él rió de nuevo, vi sus dientes blancos brillar en la penumbra de la cueva, y un fulgor alegre en sus ojos.

—¿Otros mundos? —dijo él—. ¿Qué mundos?

—Enol me ha explicado que al norte, en las Galias, hay reinos gloriosos, que en las islas están los antiguos druidas, que muy lejos, en Oriente, hay un imperio donde los nobles llevan joyas de oro y diademas. Yo he visto sus mapas y leído sus pergaminos.

Cuando le hablaba de todo aquello, él me miraba sorprendido; yo proseguí:

—A Lesso y a los otros, nunca les he hablado de todo esto.

—¿De qué?

—De que leo y de que hay otros mundos.

Después supe que a él le gustaba verme así, niña y mujer, y sabia. Allí, en aquellas horas al lado del arroyo, él comenzó a intuir el misterio que rodeaba a mis días, misterio del que yo misma no era plenamente consciente.

—¿Tú lees? —pregunté.

—Hacia el oriente del país, en las montañas, viven eremitas. De niño aprendí algunas letras y los monjes cristianos son sabios.

—¿Cristianos?

Aquello me llenó de curiosidad. En aquel tiempo del final de mi infancia, me gustaban los dioses y las leyendas, y los cristianos, con su extraño Dios, divino y humano, me intrigaban.

—¿Tú eres cristiano? —le pregunté.

—No.

Su respuesta sonó bruscamente, como si hubiese dado en algo que le dolía.

—No. No soy cristiano —repitió con fuerza y después más despacio prosiguió—. Para eso hay que creer, y yo no creo.

—¿Creer en qué?

No se sintió molesto ante mi insistencia, continuó hablando con suavidad.

—En un Dios bueno que se ocupa de sus criaturas. Creen en el perdón. Yo no puedo perdonar a quien me hizo daño. Por eso no quiero creer.

El pasado había vuelto a su mente, un tiempo ya ido en el que un sufrimiento profundo había marcado su vida para siempre. Él necesitaba hablar de la herida de su espíritu, una herida más profunda que las que marcaban su cuerpo.

—¿A quién no perdonas?

—A Lubbo. Él mató a mi padre. Quiero hacerle sufrir todo el daño que me causó a mí y a mi gente. Quiero vengarme. —Después de un silencio tenso prosiguió—. Los cristianos perdonan pero yo no soy capaz. Me gustaría ser como ellos. En el poblado había un monje, un ermitaño, te he hablado de él. Cuentan que se encontró con el asesino de su familia, y no le mató, le perdonó y le bautizó. Yo, yo no puedo perdonar y por eso no puedo ser cristiano. Es imposible perdonar al que te ha causado el mal.

—¿Entonces...? —Me detuve un momento sin entender—. Si no aceptas el perdón... ¿por qué te gustaría ser como ellos?

—Porque odian los sacrificios humanos. Porque adoran a un Único Dios. Porque ese Dios camina a su lado y... —se detuvo tomó aliento y continuó con esfuerzo— porque mi padre era cristiano. Él supo perdonar. Mi padre perdonó a su asesino, y yo estaba delante, atado, viendo cómo moría.

Bajó la cabeza, como si hubiera revelado algo largamente guardado en su corazón, algo que era una herida profunda, dolorosa, que le torturaba día y noche, atormentándole continuamente. Después susurró:

—Durante años, fui un esclavo en Albión, esclavo del mismo hombre que mató a mi padre. Lubbo continuó su extraña venganza en mí.

Y a continuación en voz más alta dijo:

—Pero no hay que pensar en el pasado. Ahora soy libre y llevaré a término mi destino.

No me atreví a hablar. La luz del verano se introducía entre los árboles del bosque, en el silencio se oían los gor-

jeos de los pájaros, y un viento cálido agitaba las hojas. Advertí que me gustaba estar allí. Las venganzas de tiempos pasados desaparecían ante la naturaleza viva, y él, mi herido, alcanzaba una cierta paz en su alma dolida. Sentí que manaba de mí un suave consuelo que curaba el alma afligida del herido.

Una ardilla trepó entre los castaños y mordisqueó un fruto verde de un árbol. Más allá, un pájaro carpintero picoteó rítmicamente un quejigo. Mientras, mi herido, callado y dolorido por las heridas del cuerpo y del espíritu, entraba en una duermevela. No quise dejarle solo, él necesitaba mi presencia para dormir tranquilo. Pasado un tiempo en el que el sol se movió en el cielo y las sombras de los árboles crecieron, el hombre despertó.

—Tengo sed —dijo.

Bebió con ansia, luego levantó la cabeza de la vasija, me sonrió, tomando mi mano con gratitud. Ambos callamos para mantener el hechizo y la voz de la naturaleza se hizo presente. Una voz que yo reconocía a menudo.

Él se incorporó apoyándose contra la roca, su cara transmitía paz. Pensé que quizás hacía tiempo que no había sentido una mano femenina que le cuidase; años huyendo, escapando de enemigos. Me sentí conmovida, pero no quise dejarme llevar por aquella emoción que me parecía inexplicable e impropia. No quería alejarme de su lado, pero me puse en pie.

—¿Te vas?

—Es tarde... debo volver; quizás Enol haya regresado ya, y se preguntará qué he estado haciendo aquí tanto tiempo.

—¿Y qué le dirás?

—No lo sé. Dijo que no hablara contigo.

—Y, sin embargo... has hablado conmigo.

—Contigo estoy a gusto —dije tímidamente—, sabes cosas de otros lugares. Me gustaría conocer tu nombre.

—No tengo nombre —negó él de modo misterioso—. Tú tampoco lo tienes.

—Me iré si no me lo dices —insistí.

Él no contestó a mis preguntas, sólo pidió con voz suplicante:

—¿Cuándo volverás?

Me distancié de él y revisé las vasijas a su lado para comprobar que estaban llenas de agua.

—Quizá mañana... tienes bastante hasta mañana. Volveré.

Me alejé corriendo, él intentó seguirme, pero sus heridas no estaban todavía bien cicatrizadas y el dolor atravesó su cara. Yo me marché saltando entre las piedras. Llegué a un gran castaño y lo rodeé dando vueltas en torno a su tronco grisáceo. El corazón me latía deprisa y supe que no era tan sólo por la carrera.

Las puertas de la fortificación aún estaban abiertas y por el camino transitaba un carro lleno de hierba, y unos paisanos se daban prisa intentando que la noche no les cogiese fuera. La noche les imponía respeto. Se escuchó a lo lejos el aullido del lobo.

Pronto llegaría a casa, a lo mejor Enol habría vuelto ya, a lo mejor se hallaría aún lejos. En cualquier caso Marforia me sermonearía por haber tardado tanto en regresar. Acelaré el paso, el sol se reclinaba sobre las montañas al fondo del valle, y se introducía en ellas llenando el cielo de luz rojiza y violácea. Corriendo sobre el camino, resbalaba en la cuesta abajo que conducía hacia la casa, pero antes de llegar, en una vuelta del camino encontré a Lesso. Casi choqué con él; Lesso intentó detenerme pero yo no quise hablar con él. Me conocía muy bien y era capaz de intuir las emociones que me embargaban.

—Déjame —le dije—, llevo prisa, Marforia me estará esperando.

—Espera, hija de druida —suplicó—, necesito tu ayuda, hay problemas en casa.

Me detuve, su voz sonaba lastimera y Lesso no acostumbraba quejarse. «Algo le sucede a los suyos», pensé. Me olvidé de Marforia, del herido, de mi extraño estado de ánimo y pregunté:

—¿Qué ocurre?

—Mi padre se hirió hace una semana con una barra de hierro candente, y ahora se ha hinchado, delira y arde de fiebre —me explicó Lesso—; he ido a buscar a Enol, pero no está. Tú puedes ayudarnos.

Conocía las formas de curar de Enol, pero nunca había aplicado ninguna de ellas. No quería tener problemas en una aldea donde me despreciaban por ser extranjera. La mirada suplicante de Lesso, sin embargo, me hizo recapacitar y me decidió.

—Iré a casa, a buscar algunas hierbas y las cosas de curar de Enol. Haré lo que pueda por tu padre.

Caminamos juntos, deprisa. Dejamos a un lado el poblado y subimos la cuesta que conducía a la casa del escudo de acebo.

La casa de Enol es, era, grande, mucho más grande que cualquiera de las del castro de Arán, rodeada de una cerca de laja de pizarra. Su estructura era ovalada, con dos pisos, toda ella de piedra. La puerta se cerraba con una pesada tranca, y sobre el dintel se podía ver el árbol de Enol, un acebo cuajado de bayas. El portón de madera solía estar abierto; en la casa penetraba la luz por la abertura de la puerta y por un ventanuco que se cerraba con un contrafuerte de madera en invierno. A través de la puerta semientornada, vimos la luz del hogar encendido en el que cocía una marmita.

Dentro, la casa se hallaba dividida en dos por una mampara de madera, por una escala se accedía al piso de arriba, un almacén de grano, donde yo dormía. En la cámara posterior del piso bajo, moraba Enol, allí guardaba sus hierbas y pócimas. Me dirigí a su aposento a buscar lo necesario para atender al padre de Lesso.

En la cerca me esperaba Marforia, me había visto subir por la cuesta hacia la casa. No estaba muy contenta, mostrando el enfado con su actitud: los brazos en jarras, apoyados en la amplia cintura y su cara malhumorada.

Sin hacer mucho caso a los sermones de Marforia, me introduje en la casa, ella siguió detrás de mí gritando improprios, y haciendo aspavientos.

—Esta niña... es una cabra loca —Marforia no entendía que me dirigiese a la habitación de Enol y no respondiese a sus gritos—, ¿se puede saber qué haces?

Detrás de mí entró Lesso.

—Dejadla, señora, mi padre está enfermo, y sólo ella puede ayudarnos.

—¿La niña? ¿Ayudaros?

Lesso me miró con sus grandes ojos amables y serenos.

—Ella acompaña a Enol en sus curaciones. Es la única de nosotros que conoce algo del arte de la sanación.

Me sentí halagada por sus palabras, y escapé de las manos de Marforia. Me introduje en la cámara de Enol y revolví entre sus cosas, entre los pergaminos apilados, las cestas con hierbas aún verdes y sustancias que todavía desconocía. No encontré la copa, pero debajo del lecho, entre calderos llenos de hierbas, descubrí diversas plantas secas y raíces que introduje en un paño, anudé sus extremos y cerré la tela.

Marforia no se atrevió a entrar en la cámara de Enol. Respetaba profundamente al druida, y le temía. Oí cómo rezongaba fuera. Yo salí contenta con mi botín de hierbas, pero Marforia se escandalizó de mi atrevimiento y perseguida por sus gritos crucé la cerca.

—Cuando venga Enol, sabrá de esto —me dijo Marforia.

—No te preocupes, yo misma se lo diré.

Fuera me esperaba Lesso.

—Date prisa —exclamó—, cerrarán la puerta del poblado.

—Hay tiempo —respondí.

Me puse el manto sobre los hombros, ocultando el hatillo con las hierbas. Sonreí a Lesso abiertamente, y él me miró con timidez agradecida.

—¿Tenéis leña en casa?

Pregunté algo obvio, porque estaba nerviosa.

—Somos herreros. Si no tenemos nosotros fuego, nadie tiene en el poblado.

—Está bien.

Lesso ayudaba en la fragua desde niño; aunque de pequeña estatura, frisaba los trece años, era de porte fortísimo,

y sus músculos se habían desarrollado en el trabajo cotidiano de la fragua. Era de piel cetrina y rechoncho, con cejas juntas y sonrisa amigable con quien él quería. No hablaba mucho, pero lo que decía tenía sentido, y solía imponer su voluntad a los otros. A veces se encolerizaba, y las chispas de la fragua de su padre escapaban a través de sus ojos castaños. Hubo un tiempo en que Lesso y sus amigos no me hablaban. Me consideraban una intrusa, ajena a ellos. Sin embargo, le salvé en una ocasión del ataque de *Lone*, el lobo, y desde entonces estaba agradecido. Por él, sus amigos me respetaban.

Lesso era el menor de los hombres de su familia, por debajo de él sólo había mujeres. Los mayores murieron tiempo atrás luchando en el sur; de los hombres de su estirpe solamente quedaba su hermano Tassio. Lesso adoraba a su hermano, uno de los mejores cazadores del poblado, fugado ahora del castro por rebeldía frente a Dingor y a Lubbo.

Yo no conocía bien a la familia de Lesso, sus hermanas huían de mí, quizás aleccionadas por la madre, que temía mis trances. Era ella la que las ocultaba a mi paso. Creía que les podía echar el mal de ojo. Guardaba celosamente a sus hijas para algún día concertarles un buen matrimonio. Eran pequeñas, morenas y asustadizas.

Lesso deseaba con todas sus fuerzas crecer y dirigirse a las montañas del oriente donde se refugiaban los rebeldes y donde moraba su hermano Tassio. Su padre, el herrero, no mencionaba jamás a Tassio, a quien consideraba perdido, y vigilaba estrechamente a Lesso para evitar malograr otro hijo en guerras ajenas a él, que nunca comprendería.

Aún no habían cerrado las puertas cuando llegamos al castro, los guardias me miraron con interés. Se preguntaron, quizá, cuál era el motivo por el que la hija de Enol se introducía en el poblado a esas horas en las que pronto se iban a cerrar las puertas. Dos niños muy pequeños jugaban en el barro cerca de la torre de vigía. Pasamos la segunda guardia, y ascendimos por las estrechas callejas; a esas horas del atardecer, las gentes se dirigían a sus casas y la aldea

estaba llena de vida. Un carro rodó a nuestro lado y nos pegamos a la pared para permitirle el paso y evitar que nos atropellase. Al paso del carro, el contenido de mis alforjas se derramó por el suelo y me detuve a recogerlo. Lesso me ayudó.

Seguimos caminando, llegamos a una especie de patio donde asomaban cinco cabañas de estructura redonda. En aquellas casas vivían familias de buenos tejedores. Aun cuando todas las mujeres del poblado tejían, si alguien quería hacerse un manto especial llevaba la lana a aquellas casas. Allí vivía Fusco. Estaba trasquilando una oveja y era buen amigo de Lesso y mío. Su cara estaba llena de pecas y de sus ojos salía una mirada amable. Tenía el pelo fosco, pelirrojo y siempre enredado.

—¿Adónde vais? —nos preguntó.

—Mi padre está enfermo. No está Enol —explicó escuetamente Lesso— y ella va a curarle.

Yo sonreí halagada por la confianza.

—Voy con vosotros —dijo Fusco.

De la casa salió una voz femenina pero potente:

—Tú no te mueves de aquí, hasta que no estén trasquiladas las ovejas. Ya está bien de pasarte la vida trotando por los montes con esa panda de vagos.

Después, una hembra grande, la madre de Fusco, salió de detrás de la casa y cogió por el pelo al chico, que —con una seña de resignación divertida— se despidió.

Girando a la derecha y dejando atrás las cabañas de la familia de Fusco, rodeamos las altas tapias de la acrópolis del castro. La acrópolis, en aquel tiempo, me parecía un edificio enorme. En aquel lugar, protegidos por las altas paredes y diferenciados de los demás, moraban familias de cazadores y guerreros. Allí vivía el jefe Dingor.

Por vericuetos llenos de barro, y entre animales domésticos dejamos de lado unas cabañas humildes, ocupadas por los servidores de la acrópolis que nos miraron con curiosidad. Una vez pasadas estas casas, más de madera que de piedra, giramos de nuevo hacia la izquierda. En la parte más alta

del castro, defendida por un talud montañoso, encontramos la casa del herrero con la fragua al lado. El metalúrgico fabricaba las armas, arados y hachas necesarios para el trabajo del poblado. En la fragua el fuego arde siempre, quizá por ello los hijos del herrero tenían un corazón belicoso que buscaba enardecerse en las batallas.

La casa de Lesso era más espaciosa que el resto de las cabañas, donde apenas cabrían cuatro o cinco personas, casi tan grande como la casa donde yo vivía con Enol. Con cuatro estancias y corrales y se rodeaba por las cabañas de los tíos de Lesso.

Al llegar, cruzamos la tapia circular saliendo a recibirnos varias mujeres de la familia, que me observaron con sorpresa y desagrado.

Lesso habló.

—El sanador no está. He traído a su hija.

—Más te valiera no haber traído a nadie.

Lesso ni se inmutó. Su casa tenía fama de gentes irascibles. La que había hablado era una matrona bigotuda y de recio aspecto. Serena pero no muy segura contesté:

—Haré lo que pueda, Enol me ha enseñado sus artes.

Ante mis palabras, viendo mi buena voluntad ella suavizó su semblante, la conocía hacía tiempo y a pesar de su expresión habitualmente adusta era una buena mujer.

Entré en la cabaña, estaba oscura y el fuego de un hogar barbotaba en el centro. Junto a la pared y cerca de la lumbre, al fondo de la cabaña yacía el padre de Lesso. Deliraba por la fiebre, se quejaba con un lamento lastimero y constante. El enfermo sudaba profusamente, me acerqué y vi sus ojos casi en blanco, elevados. Los dientes le castañeteaban. Me arrodillé junto a él para examinarle. Al despojarme del manto, mi cabello cayó sobre él como un manto dorado, él lo acarició mientras soñaba. Abrí su túnica. El torso velludo, oscurecido por el trabajo de la fragua, mostraba la piel enrojecida y tumefacta sobre el costado derecho, donde se abría una herida profunda y mal cerrada. Palpé la zona delicadamente y él entró en un sueño más liviano y abrió con un que-

jido los ojos. Debajo de la piel circundante de la herida se acumulaba el pus, que fluía por debajo de la epidermis.

Pedí que hirvieran agua, mientras seguía examinando al enfermo. No parecía haber ninguna otra fuente de infección, ni ningún mal añadido, pero la herida estaba turgente y abultada. La madre de Lesso acercó el agua hirviente, eché en ella las hierbas de Enol y la casa se llenó de un perfume agradable a menta y a tomillo. Aquel aroma hizo que la actitud de las mujeres cambiase. Noté que confiaban más en mí, y se dispusieron a ayudarme.

Entonces mojé la infusión en un paño blanco de lana fina, muy limpio, y repetidamente froté la piel de la herida del herrero. Un quejido salió de su boca al notar el líquido hirviente. Las mujeres me observaban haciendo un semicírculo alrededor del enfermo.

De la faltriquera saqué una daga muy afilada. A mi derecha, Lesso observaba cada uno de mis movimientos. Le pedí que calentara la cuchilla hasta ponerla al rojo vivo en el fuego de la fragua. Mientras Lesso volvía, acaricié la frente del herrero, húmeda por la fiebre y limpié su sudor. La madre de Lesso me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Se pondrá bien?

—No lo sé —dije.

Lesso apareció con el estilete al rojo vivo, agarrando el mango con un paño de lana. Con decisión saqué la herida hasta que manó de ella el humor purulento mezclado con sangre, con un olor dulce y putrefacto. El herido se quejó y su gemido fue agudo y lastimero. Convocó en torno a sí a los hombres de la casa. No me asusté ante ellos.

Hablé claro y fuerte:

—Son humores malignos que tiene dentro, se pondrá bien, pero deben dejarme sola con una de las mujeres y con Lesso.

Noté que mi voz salía con autoridad, y también que me obedecían. A mi lado se quedó la madre de Lesso mientras que, junto a la puerta, mi amigo hacía guardia para que no entrase nadie más en la pequeña cabaña.

Con el agua purificada, fui limpiando la herida hasta dejarla en carne viva, retirando el pus suavemente con un lienzo. Mientras tanto el herido se quejaba de dolor; de nuevo calenté agua y confeccioné un caldo de adormidera que le administré. El padre de Lesso entró en un sueño profundo, agarrando fuertemente mi mano sin permitir que me moviese de su lado. Junto al enfermo, Lesso y su madre me miraron con esperanza. Pasó lentamente el tiempo, la noche se hizo densa y se oían a lo lejos los grillos y la lumbre chisporroteando junto al hogar. Cogida por la mano del herrero, sentada en el suelo junto a él, entré en un sueño ligero, despertando a cada momento para vigilarle.

Cuando cantó el gallo y el amanecer del verano asomó precozmente por la entrada del chamizo, miré al hombre, que dormía quedamente y ya no deliraba. Liberé mi mano de la suya, e intenté levantarme. Pero las piernas no me sostenían tras haber transcurrido largo tiempo en la misma postura. Lesso se hallaba a mi lado, e impidió que me cayese. Noté su cara sonriente y aliviada. Salimos fuera, dejando a la madre de Lesso con su esposo.

Fuera, el castro despertaba, se oía el trajín en las cabañas. Expliqué a Lesso lo que debía hacer con su padre, me cubrí el cabello con el manto y me alejé de la casa. Procuré caminar sin hacerme notar, algunos de los viandantes se sorprendieron de mi presencia en el castro a horas tan tempranas. Oí que comentaban que había curado al herrero y que lo había hecho bien. Me sentí feliz y satisfecha.

Caminé deprisa por las callejas húmedas aún por el rocío de la noche, llenas de verdín entre las piedras, procurando no resbalar. Al atravesar la muralla, me pareció sentir los rostros de los guardias sonriendo. Todo había salido bien, y tenía el íntimo convencimiento de que el padre de Lesso sanaría. El sol se había elevado algo sobre el horizonte cuando ascendí la cuesta que conducía a la casa de Enol. Marforia no estaba, a aquellas horas ya habría sacado el ganado a pastar e ido a por agua.

Entré en la estancia de Enol, donde guardé la daga, y dejé las hierbas sobrantes en su sitio. Enol solía guardar la daga en un cofrecillo de madera. Allí permanecían muchos de los tesoros de Enol. Cerca del lugar donde se guardaba habitualmente la daga, había una pequeña caja de marfil labrado. Yo conocía su contenido. No me pude resistir y la abrí una vez más. En el interior de la caja, Enol guardaba la única ligazón con los de mi sangre. De la caja salió un hermoso mechón de pelo dorado. Era de mi madre.

Enol amaba a mi madre. Lo averigüé años atrás cuando descubrí aquel mechón dorado. Al preguntar de quién era, Enol acercó el cabello de la caja de plata al mío propio, y dijo «Igual que el tuyo...» y prosiguió lentamente «es de tu madre».

Nunca me explicó quién era ella y por qué poseía él aquel cabello, pero por algunas expresiones veladas pude deducir que muchas lunas atrás, Enol había sido servidor suyo y que había venido con ella desde un lejano lugar en el norte, hasta el sur, a las tierras de la meseta. Enol había conocido a mi madre en las Galias, la que ahora es la tierra de los francos, y había sido designado por alguien importante para acompañar a mi madre hacia las luminosas tierras del sur. Pero Enol no era mi padre, y aunque cara al poblado yo era su hija, nunca permitió que le llamase padre, siempre le nombré como Enol, el nombre que le pusieron los habitantes del castro de Arán al establecerse allí.

No. Enol no era mi padre, pero durante los años que viví con él fue más que un padre o una madre para mí. Enol conocía las letras y un saber antiguo, que desde niña me fue transmitiendo. Le gustaban la noche y las estrellas. ¡Cuántas noches nos subíamos a lo alto de un cerro cercano y me enseñaba sus nombres y sus círculos! Los ojos de Enol se volvían brillantes viendo titilar a lo lejos las estrellas, y sobre todo cuando relataba las antiguas leyendas en torno a ellas.

Con Enol aprendí a leer los caracteres rúnicos, retorcidos y complicados, y las letras latinas y griegas. Solía ins-

truirme a la luz del fogón, cuando Marforia ya se había acostado y él gozaba advirtiendo mis progresos.

Cuando yo era niña, Enol prácticamente no se alejaba de casa, pero en las últimas estaciones transcurrían muchas lunas sin verle. Entonces, cuando él comenzó a ausentarse, y me dejaba sola con Marforia o con el siervo, yo solía levantarme cuando todos se habían ya acostado y leía los pergaminos a la luz de las brasas del hogar. Pergaminos de tiempos remotos, que hablaban de la historia de los hombres, de los lejanos tiempos de Roma, de los sabios griegos, de lugares ignotos. A veces en los pergaminos encontraba mapas y me abismaba en la visión de lugares distantes, que quizá yo nunca vería.

A su vuelta, el druida comprobaba que yo había tocado sus pergaminos, fingía enfadarse pero yo conocía bien que mi curiosidad le agradaba.

Sí. Enol fue más que un padre para mí, y cuando surgía el mal sagrado que solía dominarme y yo perdía el sentido, o me asustaba ante mis visiones, Enol sabía calmarme. En algún momento, me indicó que el mal cesaría en mi mocedad, cuando llegase a ser madre. Él afirmaba que durante los trances un dios se hacía presente y que no debía tenerle miedo. Después, me pedía que le contase las visiones, que solían ser las mismas: una mujer de cabello dorado que huía a un lugar extraño, casas muy altas de piedra, mucho más elevadas que cualquiera de las cabañas del poblado, y un templo de airosas columnas.

Enol decía que —en mis trances— el pasado volvía a mi mente. Nunca me explicaba nada del pasado. Pero otras veces, yo veía el futuro y Enol era incapaz de interpretar mis sueños. Fue en aquellos sueños cuando vi la aldea ardiendo y después quemada, tal y como está ahora, cuando vi los pergaminos robados y la copa escondida.

Guardé el mechón en su caja de marfil. Procuré dejarlo todo en el cuarto de Enol igual que lo había encontrado, y subí al desván de la casa, donde solía dormir entre sacas de bellotas y haces de leña, en un lecho de paja.

En mis visiones de entonces se mezclaba el herido del bosque con el padre de Lesso, distinguía una mujer rubia y

hermosa que huía por un bosque desconocido. Después, el tiempo transcurrió y soñé de nuevo con la mujer. Ahora era perseguida por unos gritos... y ella me llamaba.

Los gritos eran reales y me devolvieron la conciencia. Marforia me buscaba, pero yo tenía tanto sueño después de la noche en vela que fingí no oírla. No transcurrió mucho tiempo sin que su cabeza asomase por el hueco de la escalera. La mujer andaba preocupada por mí.

—¿Dónde has estado? ¿Qué ha ocurrido?

—El padre de Lesso se hirió con un hierro, y la herida estaba infectada, le curé las heridas, y le estuve velando toda la noche —le contesté muy adormilada—. ¡Ay!, Marforia, tengo sueño, estoy cansada, déjame dormir.

Marforia me acarició la mejilla, y me arropó. Quizás en el castro se había enterado de la mejoría del herrero y estaba contenta por ello. Siempre me sorprendía aquella mujer. Me quedé de nuevo dormida y transcurrieron las horas. Los rayos rojizos del atardecer penetraron entre las pajas del techo de la cabaña y me despertaron. Sentía hambre. Junto al hogar quedaban los restos de un potaje de bellotas que, tras bajar saltando desde el ático, comí con apetito.

Tras la cerca Marforia ordeñaba las ovejas. Me acerqué a ella, su rostro de nuevo era duro y muy serio. Para contentarla tomé la rueca y comencé a devanar lana sentada en un poyete a la puerta de la casa. Así, aplicada en aquella labor, me encontró Lesso, que venía corriendo desde el poblado.

—Mi padre está mejor. Ya no delira y nos ha hablado. Lo has hecho muy bien, hija de druida.

Le sonreí, entré en la cabaña y preparé unas hierbas. Después salí y le di una buena cantidad de ellas, explicándole cómo debía dárselas.

Lesso se fue corriendo tal y como había venido, la luz del sol era ya casi un hilo en el cielo, una luna grande y nueva brillaba junto al horizonte. El sol descendió por completo. Hoy tampoco vendría Enol. De pronto pensé en el herido del bosque, no había ido hoy a verle, suspiré. Deseaba hacerlo, pero era ya muy tarde. Acudiría allí al día siguiente, al amanecer.

IV

En el bosque

A lo lejos se oye el aullido de un lobo. Los suevos se miran intranquilos entre sí, no dicen nada. No les gusta aquel ruido que interpretan como un mal presagio. Los aullidos se oyen más cercanos. El jefe detiene la comitiva, y con un destacamento se adentra en el bosque.

Las luces de la tarde descienden en la floresta, y el color del bosque se tiñe de tonos violáceos. Ha dejado de oírse la voz del lobo. Una sombra se introduce en la comitiva y se echa a mis pies. Los hombres se distancian y apuntan con las lanzas hacia el enorme animal, que como un manso cachorro lame mis manos. Le acaricio la pelambre. Es *Lone*, el lobo amansado que vivía con Enol y conmigo en el poblado.

Mi alegría dura poco, los hombres se abalanzan sobre el lobo, le hieren y éste huye. En los días siguientes rastrearé los pasos de la comitiva, y oiremos sus aullidos a lo lejos.

Recordé que el día después de haber curado al padre de Lesso me desperté muy de mañana, procurando no hacer ruido para no despertar a Marforia, que aún dormía, y salí de la casa del acebo. En el camino hacia el bosque encontré a *Lone*. Siempre me alegraba ver al lobo. Nadie se atrevería a seguirme estando él porque enseguida gruñía, amenazador, ante la presencia de extraños. Cubrí con un manto oscuro mi vestido de tonos claros y el lobo se situó junto a mí, guardando mi paso.

Emprendimos el camino. Bajo el brazo llevaba provisiones para el herido ocultas en el cántaro de agua. Al doblar un recodo del sendero vi a Fusco, cerca del vallado de piedra junto al camino. A *Lone* se le erizó el pelo y comenzó a gruñir. Fusco se asustó mucho, conocía bien lo peligroso que podía llegar a ser *Lone*.

—Sujétalo.

—Aléjate, Fusco, que hoy tengo mucho que hacer y no estoy para bromas.

Fusco se subió al muro que rodeaba el camino, mientras *Lone* seguía gruñendo.

—¿Adónde vas tan de mañana?

—No te importa.

—Pues ya puedes volver pronto. ¿Conoces las nuevas? Le miré interrogante.

—Ayer llegaron hombres de Lubbo al poblado y hablaron con Dingor.

—¿Y...?

—No lo sé bien —explicó Fusco—, creo que buscan a un fugitivo. Han convocado a todos los del poblado a mediodía en la fortaleza. No puede faltar nadie. Enol debería ir.

—No sé dónde está —dije preocupada.

—Entonces debes ir tú. Podrías tener problemas con Dingor.

El lobo gruñó torvamente, notaba que algo desconocido me amenazaba. Cogí a *Lone* por el cuello, acariciándole para que se tranquilizase y me alejé de Fusco, que, asustado en lo alto de la tapia, me siguió con la mirada.

Procuré dar un rodeo amplio y no fui por el camino acostumbrado. No sabía si me estaban acechando. Dejé a *Lone* detrás de mí. De alguna manera, el lobo entendía que no podía dejar que nos siguiesen. Caminé deprisa y me introduje por el estrecho sendero que conducía al arroyo del bosque. A veces debía detenerme porque me golpeaban ramas de espino, zarzas y tojos. El bosque, a pesar del verano, era espeso y fresco por aquella zona. Mi ánimo se oscureció: lo que Fusco me había comunicado era un gran problema; la

presencia de los hombres de Lubbo en el valle de Arán era lo peor que podía ocurrir.

Temía por el herido, desde la marcha de Enol yo me encontraba sola y me sentía responsable de él. Enol se había ido hacia ya tres noches. El herido debía marcharse: si los hombres de Lubbo le descubrían, si sabían que alguien en el poblado le había ayudado... destruirían el castro; pero sus heridas no habían curado aún del todo. Necesitaba ayuda y yo no sabía a quién pedírsela.

A pesar de la frondosidad del bosque, yo era capaz de moverme rápidamente en él, sin apenas hacer ruido; conocía cada rama, cada arbusto y lograba moverme hacia donde la marcha se volvía más fácil. Jadeante llegué al riachuelo que rodeaba la cueva. Cuando estuve segura de que nadie me había seguido, abandoné toda precaución, y crucé el río chapoteando contra el agua.

Él me oyó.

Le encontré fuera de su refugio, incorporado y apoyado en la pared rocosa, en la salida de la cueva. Al verme, se irguió, sujetándose a una roca y se me acercó, caminando con mucha dificultad; la pierna seguía rígida debido a la férula que Enol le había puesto, y se apoyaba en su espada. Era un hombre muy alto. Años más tarde, la diferencia entre él y yo misma se iría acortando, pero en aquel momento me sentí pequeña a su lado. El herido era más fuerte que cualquiera de los hombres del poblado y en su porte dejaba ver una cierta nobleza. Aprecié que estaba deseoso de verme. Me habló con brusquedad.

—Ayer no viniste.

Le interrumpí, disculpándome. De nuevo —y no sabía por qué— me sentí avergonzada en su presencia. Algo en él la causaba.

—Estuve atendiendo a un hombre enfermo en el poblado, el herrero. Tenías comida más que suficiente, y yo no puedo estar siempre aquí. Enol no quiere que esté y en el poblado me echarían de menos.

El joven me miró escrutándome. Ante aquella mirada

interrogadora muy oscura e intensa, sentí que mis mejillas se tornaban de color grana; sin embargo, proseguí.

—Te buscan. Me han dicho que han llegado al poblado hombres de Lubbo que buscan a un fugitivo. Si saben en el castro que te hemos ayudado, Enol y yo tendremos problemas.

Di un paso hacia atrás, su mirada se volvía iracunda al mencionar a Lubbo y al llamarle fugitivo. Asustada, retrocedí aún más. Torpemente, cojeando, él me siguió y apoyándose en su espada consiguió sujetarse en mi hombro, advertí la palidez en su semblante.

—No estás bien —dije.

—Estoy indudablemente mejor que hace unas semanas cuando me encontrasteis y no quiero causaros problemas a ti y a tu gente. Pero aún no puedo andar bien, necesitaría un caballo y que avises a Tassio. Él es de Arán. Es hijo del metalúrgico de Arán.

—¿Cómo conoces a Tassio?

—Es de los míos y me debe un favor.

—Tassio no está en el poblado, desapareció hace muchas lunas. Sospechábamos que andaba con los rebeldes.

De una faltriquera en su ropaje, el herido sacó una tésera.

—Necesito que le hagas llegar esto. —Y me entregó la pieza de piedra, rajada, complementaria quizá de otra partida por el mismo lugar.

—Dile que el que te da esto tiene problemas y necesita un caballo. Es a caballo como podré llegar a los míos.

Miré la tésera, pocas veces había visto una; en aquel lugar no había visitantes. El establecimiento de una relación de hospitalidad suponía una gran deuda moral, posiblemente mi herido habría salvado la vida a Tassio.

—Hace tiempo le salvé —explicó brevemente— y él se obligó mediante un juramento. Necesito un fuerte caballo asturcón.

Mientras él hablaba se oyó un ruido detrás, y de un salto *Lone* se situó amenazador entre el guerrero y yo. El hombre levantó la espada para defenderme; pero yo me acerqué

al lobo por detrás y le acaricié el lomo arqueado. *Lone* dejó de amenazar al herido y se dejó acariciar por mí, después se acurrucó a mis pies.

—Es *Lone*, está domesticado.

El guerrero dejó caer la espada, mientras nos observaba confuso. El lobo, de torvo y avieso, se transformó en un perrillo, lamió mis manos y yo reí.

—Eres extraña —dijo él—, sanas, dominas animales salvajes, creo cada vez más que eres una de las antiguas diosas de los bosques.

Yo reí con fuerza, tímidamente halagada. La luz de la mañana se filtraba entre los árboles. Le miré a los ojos y me avergoncé de mi descaro. Con pretendida seguridad hablé:

—*Lone* se quedará contigo, te advertirá si algún extraño se acerca. No te dé reparos, acarícialo y él conocerá que eres mi amigo y que debe protegerte.

Él dobló la rodilla sana, y se inclinó con dificultad, tocó a *Lone*, que en un principio arqueó el lomo con desconfianza pero después se dejó querer. Así estábamos los dos, inclinados sobre *Lone* acariciando su pelaje, cuando nuestras manos se rozaron y sentí un calambre interior.

A pesar de mi timidez y de que conociese muy pocas cosas acerca de su persona, junto a él yo me sentía segura. Al rato, él cambió las tornas y comenzó a preguntar algo que debía de haber meditado en el largo tiempo que había pasado a solas en la cueva del bosque.

—Ahora contesta tú, y lo que te pregunto es muy importante —me dijo—. Entre los albiones, cabarcos y límicos no hay druidas, sólo los bretones del norte, los hombres de las islas, los antepasados de nuestros padres tuvieron druidas. Hace muchas estaciones que los druidas desaparecieron, sólo quedan algunos en las islas del norte. Lubbo conoce las artes druídicas, y tu padre, real o adoptivo, también. Lubbo tenía un hermano llamado Alvio... Hay algo extraño en tu Enol, ese hombre que te acompaña y que aparece y desaparece sin dar explicaciones de sus idas y venidas.

Le miré con pena, yo —en esa época— quería mucho a Enol, y no podía dudar de su persona. Le contesté:

—Sí. —Y en mi mente cruzaron tantas escenas de mi vida con el druida—. Sé que hay algo oculto en él. Es algo que le hace sufrir. Alguna noche le he oído gritar entre sueños por las pesadillas. A menudo siento que quiere protegerme continuamente, como si tuviese una deuda conmigo.

Ante el herido me podía expresar con confianza, él actuaba como un catalizador de mis preocupaciones. A nadie antes había podido confiar mis miedos. Claro está que yo sabía que en Enol había algo encubierto. Durante todos los años de mi vida yo percibía un sufrimiento oculto, sordo, continuo, en las acciones y palabras de Enol.

El joven guerrero había comprendido lo que ocurría en mi mente. Proseguí:

—No hay nada deshonoroso en Enol —las palabras me salían con vehemencia, casi a gritos—, él es bueno, cuida de los demás y te ha salvado. No debes juzgarle mal.

—Me atengo a lo que es evidente.

De nuevo, se quedó pensativo. Yo callé. *Lone* se acercó al río a beber, y se alejó de nosotros. Noté la luz del sol acariciando mi pelo. Él alargó su mano y lo rozó.

—Tú... ¿quién eres? Tu raza no es de aquí, pareces germana, podrías ser una mujer de los cuados, o tal vez de raza goda.

—No lo sé, sólo sé que vinimos de lejos. Enol y yo, cuando aún era una niña. No tengo nombre, Enol me llama niña, y en la aldea soy la hija del druida, o la hija de Enol. Él tampoco se llama así. Aquí le pusieron ese nombre porque pensaron que era el antiguo Enol de la leyenda. ¿Recuerdas? El viejo hechicero que ayudó a los montañeses y después se convirtió en lago. Sé que no soy de aquí, que soy extranjera, y que las mujeres del poblado me desprecian. Pero desde niña he vivido entre los albiones y son mi pueblo.

—Pero no son tu raza. Eres demasiado rubia, demasiado rosada para ser de aquí.

—Vinimos años atrás desde algún lugar en el norte. De las Galias. Creo que Enol servía a mi madre, pero él nunca ha querido contar la historia.

Me avergoncé. Enol me había prohibido contar aquello, y yo revelaba el secreto a un desconocido. Me incorporé huyendo del herido. Él no pudo seguirme.

—Debo irme. Te dejo la comida y a *Lone*. Él se quedará contigo, te protegerá avisándote si llega algún extraño. Escondete en el fondo de la cueva, y él gruñirá. Nadie se atreverá a entrar dentro.

Retrocedí en el bosque, y mientras me alejaba oí:

—Busca a Tassio.

Aferré con fuerza la tésera y corrí introduciéndome en la espesura. Caminando deprisa por el sendero entre los árboles, noté mi corazón latiendo descompasadamente. Veía sus ojos oscuros, diciéndome: «¿Quién eres?» Y me preguntaba a mí misma: «¿Quién soy?» Y sobre todo: «¿Quién es Enol?» Y dudaba de todo.

Los árboles se abrían en el camino, gradualmente en la senda entraba más luz, pero mis pensamientos eran sombríos. En los últimos meses, Enol había estado muy extraño, no me hablaba como antes, ni me enseñaba con sus pergaminos. Viajaba al sur la mayoría del tiempo. ¿Adónde se dirigía Enol cuando me dejaba con Marforia? A todas mis dudas sobre mi persona, en los últimos tiempos se sumaban las dudas sobre el herido. Algo en él me era familiar. Quizá tiempo atrás le había visto en uno de mis sueños. O quizás algo en él me recordaba mi infancia, el tiempo perdido de toda noción. Desde que él estaba en la cueva del bosque me sentía feliz, aunque un tanto asustada. En el fondo, casi prefería que Enol no estuviese cerca. No hubiera podido estar tanto tiempo con él.

Enol no quería que me viese nadie ajeno al poblado, me guardaba como una joya preciosa. Cuando alguna vez cruzaban mercaderes por el poblado, me ocultaba de su mirada, temeroso de algo. Quizá de que alguien me reconociese, o quizás evitaba que yo conociese mis orígenes. En aquel

tiempo yo me fiaba de Enol, nunca dudaba de él. Fue el herido quien me hizo desconfiar del druida.

Aquel verano hizo calor, una calima impensable en aquellas tierras; el sol, ya muy alto en el horizonte, me quemaba. Más adelante el camino estaría resguardado por las sombras, pero de pronto intuí algo: alguien me había seguido.

El camino hacía una curva, y yo me oculté tras un castaño de tronco nudoso y enredado que extendía sus ramas sobre el camino. Despacio, mi perseguidor se paró. Era Lesso. Me encaré con él.

—¿Adónde vas? ¿Por qué me has seguido?

—Tenía miedo que estuvieses en apuros, y sí que lo estás.

—¿Qué dices?

—¿Sabes quién es ese hombre al que proteges?

Negué con la cabeza. Él prosiguió.

—Es Aster, hijo de Nícer, el príncipe de Albión hasta Lubbo.

V

La elección de Aster

La marcha de los cuados prosigue mientras cae lentamente la noche. La oscuridad se hace cerrada pero, de pronto, hacia el este, amanece una luna llena de invierno. Todo cambia bajo su luz mortecina, brillan las armas de los soldados y mi pelo refleja luz de luna. Un soldado me observa de reojo, quizá tema un nuevo trance o un hechizo. El grupo de guerreros se apresura, no se detiene por las sombras y sigue su marcha aprovechando la luz del plenilunio.

Y bajo esa luz vuelven mis recuerdos, a aquella primera noche en la que yo, casi una niña, conocí a Aster, hijo de Nícer, príncipe de Albión.

Nuestra aldea no era como las otras. Escondida en lo más profundo de los bosques de Vindión, era un lugar mágico. Cerca de ella, y equidistante de otros castros de la zona, había un claro en un bosque de robles, muy recóndito, donde se adoraba desde tiempos inmemoriales la luna. Aquel lugar era prohibido para todos los de la aldea y a los niños se nos contaban mil historias para evitar nuestra presencia allí. De los árboles del claro colgaban amuletos, restos de sacrificios, ofrendas. En el bosque de Arán se adoraba a los antiguos dioses, y era uno de los lugares donde el Senado de los pueblos montañeses podía reunirse para elegir al nuevo jefe de

las tribus del norte. Tras la muerte de Nícer, por miedo a Lubbo, no se reunió ningún nuevo Senado durante años, pero ahora corrían aires distintos. El afán de dominio de Lubbo había dañado a las diversas familias de los pueblos cántabros, galaicos y astures. Las tribus de las montañas querían unirse para liberarse del tirano.

Así, en aquella época, más de dos años atrás, tras el solsticio de verano, en la aldea comenzaron a correr los rumores. Nosotros éramos albiones, dependíamos del gran castro junto al Eo, pero en situaciones de guerra o de desgracia nos agrupábamos con los de las otras gentilidades para protegernos. Por eso en aquel tiempo se podían encontrar astures y cántabros de lugares lejanos en los caminos. Por los senderos del bosque se veía a surros, pélicos de la zona del mar, vindinenses de las montañas, los cilenos —hombres de los ríos Ulla y Lérez—, tamaricos de más allá del Tambre. No entraban en el poblado porque temían a Dingor; pero se los podía ver escondidos en los bosques, cazando o pescando. Todos aquellos hombres no se diferenciaban demasiado de nosotros, únicamente en la vestimenta. Cada uno tenía su propia tribu de la que estaban orgullosos, su clan familiar del que sus antepasados procedían durante generaciones. En aquella época, todavía Tassio, el hermano de Lesso, vivía en el castro. Lesso se enteraba de muchas cosas a través de él, y después las comunicaba a los chicos de la cuadrilla. Había inquietud entre nosotros. Nos gustaba espiar a los hombres que acudían al Senado en el bosque, y subidos a los árboles les veíamos pasar. Distinguíamos a unos de otros por su atuendo: las largas capas de piel de topo de los hombres de las montañas, los cascos con plumas de aves marinas de los hombres del mar, las hachas de los hombres de los bosques, las largas cuerdas anudadas a la cintura de los hombres del río. Muchos hombres, muy diversos unos de otros, de lugares alejados y que evitaban atravesar el poblado.

Llena de curiosidad, busqué a Lesso y a sus compañeros, los encontré detrás de la cabaña de un leñador perdiendo el tiempo y hablando muy animadamente. Lesso me avisó de lo que ocurría.

—Hoy es plenilunio, el plenilunio del solsticio. En el bosque habrá una gran reunión, mucho más grande que nunca. Le miré con curiosidad.

—Se elegirá el nuevo jefe, alguien que se oponga a Lubbo. Puedes venir con nosotros, hija de druida, pero no hagas ruido.

—Saltaré por la ventana, esperadme en el camino tras la fuente. Enol no querrá que vaya.

Volví a la casa del sanador, en un estado de gran excitación que no podía disimular bien. Descendió el sol. Enol salió de la cabaña, y la cerró. Fuera dejó a *Lone*. Pasado el tiempo escuché el ruido de una piedra chocando contra mi ventana, era *Lesso*, abrí con cuidado la tranca de la ventana y salté afuera. Escalé la tapia y en el camino, tras la fuente, estaban *Lesso* y *Fusco* con los demás: *Letondo*, *Docio* y *Aro*. Nos ocultamos. Los hombres de las montañas transitaban callados, ocultándose bajo los árboles del camino. Nos dirigimos hacia un lugar alejado de todo, al claro en el bosque. Allí subimos a las ramas de los árboles, *Fusco* me ayudó a trepar a un nogal, y desde allí contemplé la reunión. En el centro del claro, ardía una fogata y cerca de ella vi a *Enol*. Alrededor se congregaban los hombres de las diversas tribus; estaban los capitanes, los jefes de tribu, los príncipes de cada clan. Vi a unos hombres de largas capas de piel de oso, en las que colgaban colmillos, parecían dirigir la reunión. Pregunté a *Fusco*:

—¿Quiénes son los hombres de capa de piel?

—Hombres de *Ongar*. Los más opuestos a *Lubbo*.

Comenzó una música extraña, con sonido a gaita y a timbal, y de fondo una flauta. La música sonó cada vez más rápida, más profunda, más intensa. Elevaron sus voces, y levantaron sus brazos, un grito salió de todas las gargantas.

Pregunté a *Lesso*:

—¿Qué hacen?

Él contestó conmovido:

—Van a elegir un nuevo jefe, que dirija a los hombres de *Ongar* y que se oponga a *Lubbo*. Están haciendo una espe-

cie de juramento de lealtad. Nadie debe revelar lo que ocurrirá esta noche.

Un hombre alto, barbado, con largo pelo de color gris que le cubría la espalda, dio un paso al frente y comenzó a hablar con una voz profunda en la que podía escucharse la sabiduría de los siglos.

—¿Quién es?

—Es Ábato, procede de Albión, no sé cómo habrá podido llegar. Fue leal a Nícer en los tiempos antiguos. Les aconseja —contestó Lesso.

De lejos era difícil entender lo que decía. Después supe que sus palabras decían algo semejante a: «Escoged al fuerte, al valeroso, al leal, al que se mantendrá fiel a las tradiciones y sabrá aprender de los jóvenes y aconsejarse de los mayores. Designad al que no busque su propio beneficio, sino el bien de los clanes. Elegid al de noble sangre.» Escuché el final del discurso, que en un tono de arenga decía:

—Habéis sido convocados, solamente los rebeldes a Lubbo, los fieles a la casa de Nícer. Debemos conocer vuestra lealtad y si seguís al clan primigenio o no.

Se adelantó un hombre de los pécicos:

—¿Qué más noble sangre que la de Nícer? Él fue muerto por Lubbo.

Contestó un ártabro:

—Nícer inició un nuevo camino, a muchos les disgustó y fue traicionado. Nícer no seguía a los dioses.

Habló Ábato:

—¿Queréis eso? ¿Queréis seguir a los antiguos dioses? Lubbo lo hace, Lubbo ha realizado de nuevo sacrificios humanos, aquellos ritos que creíamos ya olvidados. Nuestras hijas, nuestros hijos han muerto como sacrificio a sus dioses sanguinarios. ¿Ésa es la tradición que queréis? Los pueblos del norte adoramos al Único Posible en la Naturaleza. El dios de Jafet, el dios de Aster, de Tarsis, de Aitor. Presente en los claros del bosque.

Rondal, jefe de los hombres de Ongar, habló con voz de aguas, suave a la vez que potente:

—El camino es volver a la casa de Nícer. La casa de Nícer es fiel a las tradiciones. Nosotros los hombres de Ongar llevamos años luchando y hemos hecho daño a Lubbo, atacando a sus tropas. Por el sur hemos luchado contra los godos. Hemos parado durante años su avance, pero si seguimos desunidos sin una cabeza, todos nuestros clanes desaparecerán.

Después habló el alto Mehlar, otro de los jefes de Ongar:

—Lubbo cree que el espíritu de los montañeses ha muerto y no es así. Pervive en nosotros, en nuestras gentes. Lubbo utiliza a lo bajo de cada clan para imponerse. Mirad, éste es nuestro lugar sagrado, el claro en el bosque de Arán. Durante generaciones los pueblos de las montañas nos reunimos aquí. Ahora Dingor, jefe del castro de Arán, presta vasallaje a Lubbo. Eso es inicuo. Dingor obedece a los hombres suevos que esclavizan a las gentes para extraer el oro de Montefurado.

Tras las palabras de Mehlar, el jefe Rondal se volvió, y levantó el brazo de un hombre a su lado.

—Mirad hacia Aster, hijo de Nícer, es a él a quien debemos sumisión.

Las voces de los hombres de Ongar se elevaron entre las demás, pronto fueron coreadas por los pélicos, por los cilenos; otros pueblos aún callaban.

—Aster, hijo de Nícer, príncipe de las montañas.

Un hombre dio un paso al frente. Yo no pude verlo con claridad, desde mi escondite divisaba únicamente un guerrero joven, alto, de largos cabellos oscuros. La luna había asomado en el claro del bosque y se situó en el centro, bañó con su luz la figura de Aster y vislumbré a lo lejos su cara de rasgos rectos y finos. La misma faz que tiempo después vería en el herido del bosque y no supe identificar.

Al fin se hizo un silencio y Aster habló:

—Lubbo nos ha sometido a los suevos. Se beneficia del oro de Montefurado. Nos ha hecho esclavos de los extranjeros. Sabéis que ha sacrificado a vuestros hijos, rompiendo las tradiciones de siglos. Mató a mi padre y a muchos de vuestros

tros clanes, pero yo no busco sólo la venganza, que vendrá dada, sino la justicia y la paz en el orden. Los hombres de las montañas nos uniremos una vez más, y después cada clan: carbarcos, límicos, ártabros, cilenos seguirán su destino. Necesitamos la cohesión y la ayuda mutua. Si no nos unimos, seguiremos siendo esclavos de Lubbo y de los cuados. Nos atacarán los godos y no tendremos defensa. Yo seré como mi padre en todo menos en su derrota. Os llevaré a la victoria. ¡Lo juro por el Único Posible!

Las palabras de Aster eran tajantes y directas, fuertes y austeras, llenaban de esperanza los corazones. Ante aquellas palabras un grito unánime salió de todas las gargantas:

—¡Aster! ¡Aster!

Los hombres se reunieron en torno al hijo de Nícer gritando y, subiéndole a un gran escudo de bronce, le elevaron. Vi la cara de Enol. La luz de la hoguera la iluminaba, en su expresión se dibujaba un gesto que no supe interpretar, amargo y duro. Se inició un canto de guerra de lucha y de poder. Los hombres chocaron las espadas contra los escudos y un ruido atronador llenó el claro. El escudo que llevaba a Aster fue pasando de unas tribus a otras, elevado por los guerreros. Después lanzaron algo sobre el fuego, y unas luces de colores lo cambiaron, la luz azul del azufre y el grito de mil hombres formó un trueno en el bosque. Más tarde, otros hombres comenzaron a escanciar sidra. Corría el hidromiel y la cerveza.

Desde nuestro escondite en los árboles, nos miramos contentos, sentíamos que habíamos participado en algo muy importante. Sin embargo, yo estaba nerviosa y vigilaba constantemente la figura alta de Enol, sabía que mi presencia en el bosque no le iba a gustar. Al poco tiempo me di cuenta de que había desaparecido de entre los hombres, y bajé del árbol. Lesso y Fusco me acompañaron, Docio y Aro siguieron allí subidos. Yo debía llegar a casa antes que Enol, corrí por el bosque, arañándome en los matojos. Lesso y Fusco me ayudaron a saltar la tapia. Sigilosamente abrí la ventana, pero Enol estaba allí. Esperándome.

—No has obedecido.

—Vi la elección en el bosque.

—Es peligroso —habló preocupado—. Mira, niña, tengo un deber para ti. Tú no eres de este pueblo. Tu destino no está entre estas tribus de montañas. Tu lugar está en el sur. No eres uno de ellos. Las tradiciones del bosque no son para los niños.

—Tengo doce años y ya soy mayor. Tú tampoco eres de aquí y estuviste presente.

—En eso te equivocas, éste fue mi pueblo y durante siglos ha sido el linaje de mis padres. —Después Enol habló con más fuerza como si recordase un hecho doloroso—. Debo respeto a Nícer, fue un hombre valiente y justo, aunque no supo apreciar lo que le ofrecí un día y me despreció.

Nunca había oído hablar a Enol de su pasado, noté que se conmovía; después siguió intentando explicarme algo de aquel pasado pero sin llegar a hacerlo con claridad.

—No eres más que una niña, pero tengo una grave deuda contigo. Debes volver con los tuyos, pero he de prepararlo. En este momento, en el sur hay importantes acontecimientos que permitirán que vuelvas a tu lugar.

No entendí a qué se refería, pero antes de que pudiera preguntarle nada, como para castigarme, Enol dijo:

—Mañana no saldrás de la cabaña. Trabajarás con Marforia la lana.

Enol debió de notar mi cara de desagrado, pero sin protestar asentí.

—Ahora duerme.

Subí las escaleras al pajar. Desde arriba podía ver a Enol, pensativo junto al fuego, mirando crepitar las llamas. Frotaba una y otra vez las manos como para calentárselas, con gesto nervioso aunque no hacía frío.

Todo aquello había ocurrido tiempo atrás, mucho tiempo atrás. Subida a los árboles, yo había percibido difusamente los rasgos de Aster y durante años, para mi mente de niña,

Aster fue únicamente una figura legendaria, nacida en un claro de bosque, que había idealizado en alguien distinto. Por eso le llevé comida y le atendí herido, sin reconocerle. Fue Lesso, el hijo del herrero, quien identificó a mi herido con el hijo de Nícer, el elegido como jefe de los pueblos de las montañas, que ahora era ya una leyenda entre nosotros. Por eso aquel día Lesso se sintió preocupado al conocer el secreto del bosque.

—Si Lubbo o Dingor se enterasen de que ocultamos a Aster moriríamos todos.

En las palabras de Lesso palpé la fuerza de su amistad y noté que quería ayudarme, pero yo le miré con desapego, no quería caer en la cuenta del peligro. En aquel tiempo, ya había nacido en mi corazón una admiración ciega hacia Aster; por ello respondí:

—Si Dingor lo sabe podríamos morir... —dije en voz burlona, de falsete, y después proseguí con enfado—, pero tú no dirás nada, Lesso.

Después con convencimiento hablé intentando persuadirle:

—Lesso, debemos ayudarle. Va mucho en ello.

—¿Y cómo?

—Me ha dado esto.

Y extendí la tésera, una tabla de arcilla rectangular en la que se veían grabados algunos caracteres y que se veía partida.

—¿A quién pertenece?

—Es del herido, de Aster, pero la otra mitad la tiene... —dudé—, bueno, él dice que la tiene tu hermano Tassio. Aster me ha dicho que precisa encontrar a Tassio y que quiere un caballo.

Lesso no pareció estar sorprendido de que su hermano Tassio conociera a Aster.

—La noche que siguió al día que curaste a mi padre, Tassio estuvo en la herrería. Sólo hablé yo con él. Me dijo que habían atacado Albión y que Aster había caído herido y no lo encontraban. Creían que no debía de estar lejos. Me pidió que me enterase de algo. —Se detuvo y continuó—. Sí, yo sé

dónde está Tassio. Se fue camino de Montefurado. Fusco y yo le encontraremos.

Me alegré de haber confiado en Lesso y asentí a lo que decía, pensé que debía haberme fiado antes de los chicos del poblado.

—Quisiera ir con vosotros.

—¿Y quién cuidaría de Aster? Tú eres la única que podrías hacerlo sin levantar demasiadas sospechas.

—Hay una reunión en el castro, la ha convocado Dingor. Temo algo.

—No creo que ese zorro sepa nada de Aster, pero es posible que haya escuchado rumores de que Tassio estuvo en el poblado. Querrá amedrentar a la gente. Dicen además que anda por ahí un hombre de Lubbo queriendo cobrar más tributos.

Caminamos hacia el poblado, vimos el humo saliendo entre las cabañas. Las mujeres estarían cocinando, era ya tarde y los hombres volvían del campo a comer y a dormir la siesta. Algunos nos saludaron y le preguntaron a Lesso cómo estaba su padre. Quizá pensaron que yo le estaba aclarando algún remedio.

Le pregunté a Lesso:

—¿Sabes por qué Aster cayó herido?

—Tassio me contó que intentaron entrar en Albión, dentro hay también rebeldes que odian a Lubbo, pero alguien les traicionó. Aster se defendió y fue herido, después huyó y le dispararon una flecha emponzoñada. Ahora, Lubbo le busca vivo o muerto. Le odia porque sabe que mientras alguno de la casa de Nícer esté vivo, su poder entre los pueblos pelagra. ¿Sabes que Lubbo mató a Nícer?

—Eso he oído.

—Lubbo mató a Nícer, lo sacrificó a sus dioses sanguinarios abriéndole el corazón, y lo hizo delante de Aster, su hijo. Dicen que ató al chico, que no tenía más de doce años, delante del lugar de la ejecución y le obligó a presenciara. Después le esclavizó y Aster vivió algún tiempo prisionero en Albión, pero le ayudaron a huir a Ongar hasta las montañas donde vive la familia de su madre.

Entonces yo uní ideas y entendí mejor lo que Aster me había relatado varios días atrás.

—Cuando hablé con él me contó que alguien había matado a su padre... Pero no quiso decirme cuál era su nombre... Yo no sabía que era el hijo de Nícer.

—Quizá lo hizo para protegerte. Lubbo daría la mitad de su poder por encontrar a Aster. Ahora se da cuenta del error que cometió al no ejecutarle con su padre, Aster es la esperanza, el único que puede aglutinar a los clanes y ahora son malos tiempos, las gentes se rebelan contra el poder de los suevos y contra Lubbo. Lubbo es cruel. Cualquiera que conozca el paradero de Aster corre un grave peligro.

—Lubbo no puede conocer todos los senderos del bosque.

Sensatamente, Lesso contestó:

—No lo sabes. Él tiene muchos espías.

—Debemos ayudar a Aster.

—Sí, él es la única posibilidad de recuperar la libertad. Necesitamos estar unidos contra los suevos al este, contra los godos al sur.

No escuché lo que Lesso me decía, me paré a pensar en la extraña actitud de Enol; ayudaba a Aster pero guardaba desconfianza hacia él.

—No entiendo a Enol. Él sabía quién era Aster, podía haberlo puesto en contacto con su gente. Enol le curó en el claro del bosque y odia a Lubbo. Desde hace unos meses está más tiempo en el sur que aquí, me dice que en la meseta hay novedades que nos afectan y —dudé— sobre todo a mí, que no soy de este lugar.

—El druida es difícil de entender. Para él los pueblos de las montañas no somos lo primero. Es un extraño para nosotros, aunque dice que es de nuestra raza y que nació aquí, Enol es un hombre raro que guarda dentro algún secreto —dijo Lesso.

—Aster adivinó algo. ¿Te suena el nombre de Alvio?

—Sí, pero no sé quién era exactamente, sé que tenía alguna relación con Lubbo. Alvio era uno de los nuestros, vivió tiempo atrás en Albión.

Lesso no conocía bien las historias antiguas, no iba a revelarme nada nuevo. Se hacía tarde, yo debía acudir a la reunión del poblado.

—Debemos separarnos.

—Toma la tésera. Llévasela a Tassio.

Lesso examinó la tésera, intentando descifrar los caracteres, pero Lesso no sabía leer. Seguimos caminando, vimos las dos torres que flanqueaban las murallas del castro, y los dos guardas en la puerta. Dentro del poblado había ruido y movimiento. Los hombres de guardia nos saludaron. Pasadas las puertas nos separamos y yo me dirigí a la acrópolis, Lesso se fue por un atajo a buscar a Fusco.

Las casas olían a comida, a verdura cocida con algo de grasa, faltaba poco tiempo para mediodía. Los olores se mezclaban y a mí no me gustaba aquella mezcolanza de diversos olores: el hedor a heces y comida, a estiércol y ganado.

Algunas mujeres, las de la casa de Lesso, me saludaron. Me acerqué a ver al herrero, que se había levantado y, aunque débil, tenía un buen aspecto. Al verme, se acercó, apoyó su enorme manaza sobre mi cabeza y sonrió. Me alejé animada y proseguí mi subida a la acrópolis a paso rápido por las callejas. En las otras cabañas, las mujeres me evitaban. Ocultaban a sus hijos pues temían que les pudiese echar el mal de ojo. Pensé que me precedía mi fama de bruja.

Aceleré aún más el paso, y pronto llegué a la acrópolis en lo alto de la colina. Era un lugar fortificado dentro de las murallas del castro, allí moraba Dingor en una casa cuadrada un tanto mejor que las del resto del poblado, rodeada de las casas de sus hijos y hermanos. Junto a la fortificación principal se había reunido gente y Dingor les estaba hablando. Dingor era un hombre achaparrado, que tendía a la obesidad, con el pelo oscuro matizado por hebras canosas y barba casi blanca de aspecto hirsuto. El atrio de su casa era elevado y allí, en un improvisado estrado, hablaba a la gente. Junto a Dingor vi a un oficial cuado y, cerca de él, a algunos hombres de Lubbo. Abajo, en la explanada, rodeando la

acrópolis, se congregaba ya la gente. Hombres llegados del campo, leñadores, algunas mujeres... distinguí a Marforia.

Dingor habló:

—Lubbo, señor de los albiones, amigo de los suevos, precisa un nuevo tributo. Nos ha enviado a Ogila, capitán de los cuados, que va a dirigiros unas palabras.

El llamado Ogila habló en latín vulgar pero con un acento extranjero a estas tierras.

—Se ha conocido que un enemigo de la raza de Albión se esconde por estos montes. Cualquiera que le preste acogida...

Se extendió un rumor ininteligible entre los hombres del pueblo. Un hombre a mi lado habló en voz baja: «Siempre buscando dinero y traidores, con esa excusa nos someten.» Otros asintieron, pero nadie habló abiertamente; todos tenían miedo.

—Si llegase un hombre de Albión, herido —prosiguió el hombre de Lubbo—, ha de serme entregado. Se busca a un hombre joven, moreno y alto, herido por una flecha. Si en este poblado se le protegiese, será destruido.

El hombre de Lubbo continuó amenazando. Dingor, a su lado, obsequioso, se mostraba acorde con todo lo que decía Ogila, pero me fijé que Dingor buscaba a alguien entre la concurrencia y cuando me distinguió, fijó su mirada en mí y se volvió para hablar a uno de sus hombres, alguno de su familia. Éste dejó el atrio de la casa de Dingor y se acercó a mí. Sentí miedo al verle acercarse.

—Hija de druida, te busca el jefe Dingor.

Me tomó de un brazo y me llevó a la acrópolis, introduciéndome por la parte trasera por la zona del establo. Oía el mugir de vacas detrás de mí y el ruido de moscas zumbando. Por el calor muchos insectos alados sobrevolaban el patio. Me llené de angustia pensando qué querrían de mí. Hacia el frente, la casa de Dingor me protegía, vi a la esposa de Dingor, una pequeña mujer de rasgos asustadizos, que me sonreía suavemente. Desde lejos, se podía escuchar muy apagado el rumor de descontento de la gente y

las amenazas de Ogila. Al fin todo acabó y la multitud se dispersó.

Dingor rodeó la casa acercándose a la zona trasera donde yo le aguardaba. Le acompañaba Ogila, los otros suevos se quedaron fuera.

El jefe habló:

—Has curado al herrero, hija de druida, te estamos agradecidos.

En los años que Enol y yo llevábamos en el poblado, el jefe Dingor nunca me había dirigido la palabra. Yo era poco menos que una cosa que el druida poseía; sin embargo aquel día mi persona debía de ser importante para Dingor, por eso se esforzaba en ser amable y conciliador. El jefe de Arán prosiguió:

—Ha llegado un enviado de Lubbo, príncipe de Albión. Es Ogila, viene a recoger impuestos, pero sobre todo está interesado por algo que tú podrías poseer, o tal vez indicarnos dónde se oculta.

Le miré interrogadora, pensé qué sería aquello por lo que Lubbo mostraba tanto interés.

—Lubbo quiere una copa dorada que, al parecer, está en posesión de Enol. Algunos hombres del poblado se la han visto utilizar para las curaciones, ¿sabes algo de esto, hija de druida?

—Enol está lejos —contesté con timidez, me asustaba el semblante duro de Ogila y la actitud del jefe—, no sé de lo que hablas, Enol tiene sus instrumentos y yo no los veo.

—Muy bien, hija de druida —dijo Dingor con decepción—, si no quieres colaborar, Ogila y sus hombres registrarán la cabaña de Enol, y te obligaremos a revelar dónde está esa copa. Si nos ocultas algo serás castigada.

—¡No! —grité—. No tenéis derecho a entrar en la casa de Enol.

Dingor rió mostrando sus dientes prominentes y amarillos, después Ogila y los guardias me hicieron avanzar. Frente a la acrópolis la multitud se dispersaba, los hombres se retiraban con un murmullo de descontento. En algunos ojos

se distinguía la repulsa y el disgusto hacia el jefe Dingor. Los hombres se alejaban de la fortaleza y entre los corrillos se preguntaban quién sería el herido; suponían que alguno de los rebeldes de Ongar. Mucha gente del poblado tenía familiares entre ellos, por eso en muchos rostros se palpaba la preocupación y la pena. Al verme pasar, escoltada por la guardia de Ogila, con el jefe Dingor a un lado, un movimiento de cólera surgió en algún grupo:

—¿Adónde llevas a la hija del druida? ¡No es más que una niña! Si le haces algo, te las verás con nosotros. Y cuando vuelva Enol... te convertirá en sapo. —La voz salía del grupo de la familia de Lesso, agradecida aún por la curación del herrero.

Dingor se disculpó, temía al herrero, que era un hombre importante y muy considerado en el castro.

—No se le hará nada —dijo Dingor—, necesitamos algo para Lubbo, que podría tener ella.

Los guardias apartaron ceñudos a la gente que se arremolinaba alrededor de nosotros. Sentí a mi lado una mirada compasiva. Era Marforia. Nos seguía de lejos y en su gesto latía una gran preocupación. Gran parte de los asistentes también nos siguieron. No vi a Lesso ni a Fusco. Pensé que habrían iniciado su viaje para encontrar a Tassio.

Entre las callejas del castro, algunos hombres se alejaron; otros, llenos de curiosidad, nos acompañaron. Salimos por el portón superior, más cercano a la acrópolis y a la casa de Dingor, los guardias no nos miraron al pasar. Luego descendimos por la colina, siguiendo la falda de la muralla. Mientras caminábamos repasé todo lo que había en la casa que quizá podría comprometernos. Los recuerdos de mi madre, las pócimas de Enol, los pergaminos. Cualquiera de aquellas cosas podría hacernos sospechosos a los hombres de Lubbo. Lo único que me tranquilizaba era conocer que la copa no estaba allí, la había buscado para curar al padre de Lesso y no estaba en su lugar. Conocía intuitivamente que la copa era muy valiosa y también sospechaba que no debía caer en manos de Lubbo.

Atrás quedó la fuente y el bosque de robles que separaba la casa de Enol del castro, llegamos frente a la puerta de nuestra casa y pedí al Dios de Enol, si era tan poderoso, que me protegiese. Me quedé fuera, custodiada por los guardias, Marforia se acercó y me abrazó por los hombros, detrás se situó el herrero con una pequeña multitud del pueblo, intentando protegernos de la cólera de Ogila si llegaba a producirse. Dentro de la casa se producían sonidos de saqueo, los ruidos de los hombres de Ogila buscando y destruyendo. Yo lloraba. Revisaron palmo a palmo la pequeña casa de Enol. Por último, subieron al desván donde yo dormía, y escuché cómo dejaban caer a través del hueco de la escalera los sacos con bellotas y grano. Temí que prendieran fuego a la casa, pero no lo hicieron, quizá les acobardaban los hombres del pueblo que, fuera de la casa, montaban guardia. Al fin, los vimos salir de la pequeña vivienda. Ogila cargaba con algunas cosas de Enol.

—Llevaré esto a Lubbo, le interesará.

Me lancé hacia ellos.

—¡No podéis hacer esto! —grité.

Los guardias me contuvieron y contestaron riendo como si fuese una niña sin sentido.

—Sí, podemos.

El herrero y sus vecinos nos ampararon y, al fin, los hombres de Lubbo y la guardia de Dingor emprendieron la retirada. Marforia y yo nos quedamos paradas en la puerta de la casa sin saber qué hacer, los paisanos se acercaron preguntando si precisábamos alguna ayuda. Les agradecemos el gesto, pero preferimos estar solas y ellos se retiraron.

Entramos en la casa, la destrucción era mucho peor de lo que yo sospechaba. Sollocé en el umbral. La vieja Marforia se me acercó y me abrazó con cariño, me volví sorprendida y vi lágrimas en sus ojos. Habían revisado todo, incluso habían levantado las piedras del hogar, y las lajas del suelo, las cosas estaban desbaratadas y rotas. Las marmitas de cobre abolladas, los cántaros de barro quebrados. Entre todo aquel caos busqué, en primer lugar, aquello que me ligaba

con el pasado: la pequeña caja de metal en donde se encontraba el cabello de mi madre. No la hallé. Pasé a la cámara del druida, donde el desorden era aún mayor, rebusqué por toda la estancia y en una esquina encontré la caja de plata abierta y partida. Dentro había desaparecido el cabello dorado que perteneció a mi madre. Los pergaminos estaban desparramados por el suelo, muchos de ellos rasgados y arrugados. Lloré sentada en el suelo de tierra mientras iba colocando pergaminos, en ellos se veían dibujos de plantas, de constelaciones y letras latinas y griegas. Los fui estirando con las manos, alisándolos y con un paño de lana los sequé; al poco noté una mano sobre mi cabeza. Era Marforia.

—No llores, niña.

Miré la caja rota y mis lágrimas mojaron su interior

—Lo único que tenía de mi madre. No sé quién soy. Y nunca le podré decir a él quién soy.

Callé, asustada por mis propias palabras, él era Aster. No debía hablar con nadie del herido que encontré en el bosque. Marforia respondió en ese tono de burla tan característico suyo:

—Así que hay un «él».

Enrojecí.

—Pues ese «él» —prosiguió ella— debería saber que no hay nada vergonzoso en tu pasado.

Intenté que Marforia me revelase algo de ese pasado mío que tanto me intrigaba, pero ella de nuevo se transformó en la mujer huraña de siempre. Después, entre las dos, comenzamos a limpiar y ordenar el caos. Amontonamos fuera los cacharros rotos y barrimos el suelo lleno de hollín del fogón. Yo no me encontraba bien y seguía a Marforia como si flotase en una nube. Encontró un cántaro íntegro, sin romper, y fue a por agua. Detrás de la casa, en el gallinero, donde las aves habían volado, descubrí un huevo y Marforia lo coció con verdura. Comenzó a oscurecer y tomamos el potaje, luego subimos en silencio al desván a acostarnos. No hacía frío pero Marforia me cubrió afectuosamente con una manta. No pude dormir, oía las ratas correr por el desván; del

techo se colaban entre las tablas los rayos de luz de la luna llena.

En la madrugada cantó un gallo. Desperté intranquila, la congoja henchía mi corazón. En mis sueños había visto a Aster y a mi madre. El fin de lo conocido estaba llegando, y la tristeza me oprimió el pecho, después perdí el sentido en un sueño inquieto en el que vi el castro de Arán ardiendo, destruido. Tal y como está ahora.

Desperté cuando el sol se alzaba en el horizonte. Marforia trajinaba en el fogón. La manta con la que ella me había cubierto estaba a un lado, seguramente por la noche yo la había apartado por el calor. Me incorporé pensando en Aster y bajé por las escaleras, Marforia me saludó con un gesto y me indicó un tazón de leche de oveja:

—La he ordeñado esta mañana.

Yo le sonreí mientras bebía la leche tibia. No hablamos, pues estábamos todavía con la impresión de lo ocurrido la tarde anterior. Después tomé el cántaro y metí unas tortas y manzanas.

—Ten cuidado, niña, sé que ocultas a un hombre en el bosque. Si es el que busca Lubbo, destruirán el poblado y mucha gente va a morir. Lubbo no tiene respeto a nada.

—Le cuido porque me lo encomendó Enol.

—Mientras dormías he estado en el pueblo; los hombres de Lubbo se han ido, pero han amenazado con volver y si no aparece el hombre y la copa arrasarán el poblado casa por casa. Ya sabes que cumplen sus amenazas.

—La copa la tiene Enol y el huido sólo es responsabilidad mía.

—He visto al tejedor que fue hacia Albión a comprar género, me dijo que vio a Enol cruzando el Esva camino hacia aquí, es posible que vuelva hoy.

—Si Enol vuelve, dile que he ido adonde él sabe, en el bosque.

Salí deprisa de la cabaña, y Marforia me siguió hasta la cerca. Vi su rostro preocupado pero no pensé en ella sino en mi herido. Deseaba volverle a ver con ansiedad. El bosque

estaba más callado que otras veces, o quizá mis pensamientos no me permitían oír los ruidos externos, abismada en mi interior. Aster debía irse y debía hacerlo cuanto antes, su vida y la de todos corrían peligro.

Al acercarme al refugio saltó *Lone*. Después vi la figura de Aster surgiendo de la cueva, muy alto, muy serio. Me sentí intimidada ante su presencia, para mí no era ya un evadido de Albión, sino el príncipe de nuestras gentes. Le ofrecí lo que portaba en el cántaro, y balbucí:

—Sé... sé... quién eres... —lentamente pronuncié su nombre y su estirpe—, Aster, hijo de Nícer, príncipe de los albiones. ¿Por qué no me dijiste nada?

Él repitió lo que un tiempo atrás me había dicho:

—Hay cosas que no deben conocerse...

Le miré, y le vi nimbado por la luz del sol colándose entre los árboles, sentí su fuerza. De modo repentino me eché a llorar:

—Ha venido un hombre de Lubbo. Te buscan a ti, y quieren la copa de Enol, debes huir. Han destruido todo en mi casa y Enol no está, y yo estoy sola, sola con Marforia y no sé quién soy...

Bajé la cara empapada en lágrimas, y noté su mano sobre mi pelo. Oí su voz amable, que hablaba como si consolase a un niño pequeño:

—¡Eh! Niña de los bosques, no debes llorar.

Caí sentada en el suelo, y él se situó inclinado a mi lado; después preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Ayer llegó un hombre de Albión, y convocó a todos los del poblado, quiere un nuevo tributo y te buscan a ti.

—¿Quién es el hombre de Albión?

—Dice llamarse Ogila.

—Sé quién es.

Levanté la cabeza y noté que al oír aquel nombre, el odio afloraba a los ojos antes tranquilos de Aster. Proseguí:

—Registró toda la cabaña, y destruyó algunos pergaminos, buscando la copa de Enol.

—Sí, pude ver esa copa cuando me curasteis. ¿La ha encontrado?

—No. Cuando Enol se ausenta largamente la lleva siempre consigo. ¿Conoces la historia de la copa?

—Esa copa es muy importante —contestó Aster—. Sé que Lubbo la busca desde hace años. No puedo asegurarlo, pero quizá podría adivinar la historia que ha conducido a que el que tú llamas Enol posea la copa.

Aster comenzó a hablar y narró una antigua historia, en la que aquella copa era una parte importante.

—Hace mucho tiempo, antes de los abuelos de mis abuelos, los hombres de las islas llegaron a estas costas. Huían de la crueldad del norte, los ritos inhumanos. Aquellos hombres, bretones o celtas les llamáis, se unieron a las mujeres de las montañas en la desembocadura del Eo y formaron un nuevo linaje: se llamaron los albiones, porque los hombres provenían de la isla de Albión. El jefe de aquellos hombres tenía por nombre Astur o Aster, tal y como yo me llamo, y contrajo matrimonio con Ilbete, la reina de estas tierras. Los hombres de Albión no eran muy distintos de las gentes de las montañas astures y cántabras porque todos los pueblos atlánticos somos hermanos. Desde entonces, los albiones siempre han tenido un jefe natural, elegido entre los hombres de mi estirpe y descendientes de aquel primer Aster o Astur y de Ilbete. Aquel primer Aster trajo consigo un adivino-sanador —un druida le llamarían en el norte— que fundó en Albión un linaje de magos y hechiceros. Antes de que yo naciera, en la familia del druida nacieron dos hijos, el mayor se llamaba Alvio y el menor es este Lubbo a quien conoces. Alvio, al ser el primogénito, heredaría los poderes, pero los dos fueron desde niños adivinos y sanadores. Al nacer, su padre entró en trance y tuvo una visión profética: uno de sus hijos encontraría la copa de poder perdida años atrás cuando los druidas fueron vencidos por Roma. Lubbo y Alvio crecieron y ambos amaban los conocimientos ocultos, pero eran distintos: Lubbo envidiaba a Alvio, que poseía un talento natural para adivinar el porvenir y para curar. Alvio

no sentía rivalidad frente a su hermano. El padre de ambos quería que llegasen a ser sabios y poderosos, y los envió a las islas del norte, a aprender la sabiduría inmemorial de los videntes, invitándoles a buscar la antigua copa céltica para devolver el esplendor a la familia.

Aster narraba la historia como si fuera un bardo, y yo me hundía en sus palabras.

—Pasaron muchas lunas, el padre de ambos murió y su historia y la de la copa sagrada se convirtió para nosotros en leyenda. Pero un día, cuando todos los dábamos por muertos, regresó Lubbo. Dijo que su hermano Alvio se había perdido. Lo acogimos en Albión como el druida que durante años esperábamos. Siempre fue un hombre extraño, pero a su regreso tenía la faz deformada, y estaba muy atormentado por el pasado. Mi padre descubrió que practicaba la magia negra. En los días de la llegada de Lubbo, desapareció la hermosa mujer de uno de los hombres de Albión y se encontró su cadáver muerto por un rito macabro. Mi padre sospechó de Lubbo, aunque no pudo demostrarse nada, y le expulsó de Albión. Años más tarde volvió Alvio, traía una copa con él y dicen que a una niña; mi padre no quiso que se estableciese en Albión, veía algo raro en él, pero le permitió asentarse en las montañas. Nunca se conoció bien el lugar donde Alvio se había establecido. Diez años más tarde Lubbo volvió con los suevos, se vengó de mi padre y conquistó Albión.

Su tono cambió y sus palabras cesaron. Entendí que no quería recordar su pasado, doloroso y lejano.

—¿Crees que Enol es Alvio y que su copa es la antigua copa de los bretones? —pregunté.

—No lo sé, tú la has visto, hija de druida, yo casi no pude verla. Mi padre llegó a examinar la copa de Alvio, decía que era muy antigua, de base curva y con remaches con arandelas en forma de rombo, tenía unos caracteres drúidicos grabados y el interior era de ónice. Es una copa de poder. Se dice que el que la posea podrá curar todas las enfermedades y, a través de ella, encontrar la sabiduría.

Callamos. El verano tocaba a su fin, la temperatura era

suave. Me olvidé por un instante de las amenazas que se cernían sobre nosotros y pensé en los tiempos pasados, en la vida de Alvio y de Lubbo, en los hombres de las islas, en la raza de los albiones a la que yo no pertenecía.

—Ya no lloras —dijo él.

—Contigo es difícil llorar —contesté ingenuamente—, lloraba porque tenía miedo y porque me duele no saber quién soy, ni quién es mi padre, pero a tu lado me siento calmada. No sé el porqué.

Le sonreí y noté que él, de algún modo, se emocionaba. Yo, sentada aún en el suelo, le observaba con admiración, habría hecho cualquier cosa por él. Me ayudó a levantarme. *Lone* comenzó a dar vueltas alrededor de nosotros alegremente, pero de pronto se detuvo y comenzó a correr hacia el bosque.

—¿Qué habrá encontrado? —dijo Aster, mientras suavemente me retenía junto a sí.

—No sé —dije yo—. Algún animal de monte.

Se oyó ruido entre los árboles. En el bosque junto a *Lone*, apareció Enol, se veía su cara muy fatigada. Avergonzada me liberé del suave abrazo de Aster, y me lancé hacia Enol, quien me acogió apretándome fuertemente contra él.

—¡Oh! Enol, estaba asustada, creí que no volverías. Ayer llegaron los hombres de Lubbo y destruyeron los manuscritos y destrozaron la casa.

—Lo sé. He visto a Marforia, sé lo que buscaban pero afortunadamente está a salvo.

Se volvió a Aster.

—Tus heridas están mejor. Debes irte.

Aster asintió.

—Pero ¿cómo?

Enol silbó y en el bosque se oyó el ruido de un caballo que avanzaba lentamente entre la maleza. Después aparecieron Fusco y Lesso, tirando de un enorme caballo asturcón en el que montaba un hombre joven, de corta talla: Tassio.

—Los encontré camino de aquí después de cruzar el Esva y me hablaron de que corrías peligro en la aldea.

La cara de Aster se llenó de alegría, y mientras Tassio desmontaba, ambos se estrecharon dándose palmas mutuamente en la espalda como dos hombres jóvenes que no se ven desde hace tiempo.

—¡Tassio! Pocas veces me he sentido tan contento al ver a alguien.

—Te creí muerto —oí decir a Tassio.

—Ya sabes que no es tan fácil acabar conmigo.

—En Ongar comenzó a correr ese rumor, pero el ermitaño tuvo una visión de que estabas vivo. Al ver tu tésera me volví loco de alegría.

Me sentí al margen de aquella camaradería masculina. Enol habló:

—Debéis iros de aquí cuanto antes. Los hombres de Ogi-la volverán y si te encuentran todos estaremos en peligro.

Tassio ayudó a Aster a subir al gran caballo de color melaza y de patas blancas, que relinchó al sentir su peso. Aster, todavía dolorido, se inclinó hacia el cuello del bruto. Tassio tiró de las riendas. Vi a Fusco y a Lesso seguirles.

—¿Os vais? —les dije.

—Sí. Dile a mi padre que me voy con Tassio. ¡Pero a nadie más!

—¿Adónde vais?

—A Ongar, donde las montañas de Vindión son más altas y nadie puede llegar.

Los vi alejarse por un estrecho sendero en el bosque. Apartándome de Enol corrí tras Aster, él acarició mi cabeza. Le miré expectante.

—Te esperaré —dije en voz baja.

—Algún día, cuando vuelva la rutina que tanto te disgusta, nos encontraremos.

Acarició mi cara, y recogió una lágrima que me caía sobre las mejillas, la besó. Luego se alejaron y Enol me retuvo a su lado. Su expresión era extraña. Limpiamos cualquier rastro de que alguien hubiera permanecido allí e hicimos una hoguera en un lugar apartado. Después Enol se despidió de mí.

—¿Cuándo te volveré a ver?

—Pronto tendrás noticias. Te enviaré a *Lone* y deberás seguirle.

Enol le hizo un gesto a *Lone*, que le siguió mansamente. Me quedé sola en el bosque. Sin Aster todo parecía vacío. Lentamente emprendí el camino de vuelta al poblado.

Pasado el tiempo supe que Aster, Fusco, Tassio y Lesso caminaron sin detenerse día y noche hacia las montañas siempre nevadas de Ongar.

VI

Lubbo

Seguimos el curso de un río. Las aguas turbulentas por las últimas lluvias saltan entre las rocas. La naturaleza llora humedad. Escucho el rumor de las aves marinas y tras una vuelta del camino se abre el mar inmenso, azul oscuro, inabarcable. El dios de las aguas me saluda con un rugido. En el océano, lleno de brumas, desemboca el caudal tumultuoso de un río. La comitiva se va acercando a la costa y se detiene en el acantilado. Los hombres se alegran cuando divisan a lo lejos, rodeada por un despeñadero, la silueta de Albión. La costa es rocosa, con peñascos de color azabache que se zambullen en el mar, con playas de arena blanca que se extienden por delante del negro acantilado; desde allí, los pies de un inmenso gigante de piedra se sumergen en el mar.

Ante la luz que lo inunda todo, fuera del bosque umbrío, siento que voy a entrar en trance, intuyo que ya he estado aquí, siglos atrás, mucho antes de que Albión existiese. Comienzo a ver la luz blanca que me traerá a Enol en una visión. Miro a lo lejos, al mar, respiro hondo y la serenidad vuelve a mí.

Despacio, al doblar el estrecho sendero que discurre a lo largo de la costa, la algarabía de las gaviotas y los cormoranes nos rodea. La silueta de Albión se oculta, pero adivino cada vez más cerca el castro, la ciudadela en el delta del río. Seguimos nuestro camino y, más adelante, desde la altura del acantilado comienzo a divisar algunas casas redondeadas, o

cuadradas. En el centro, una edificación más elevada, con altos muros de piedra. Es la antigua fortaleza de los príncipes de Albión, ahora morada de Lubbo. Alrededor de ella, las casas, mucho más grandes que las del castro de Arán, se distribuyen desordenadamente. En el lado opuesto al acantilado hay una construcción extraña, cuadrada y rodeada de un antemuro bajo que no puedo identificar; quizá sea el templo del que tanto se habló en Arán, días atrás, el templo que Lubbo edificó a un dios cruel. Todo el poblado se rodea de varios fosos llenos de agua del río. Un humo blanco sale de las casas y el viento describe curvas irregulares con las humaredas que salen de los hogares.

El gran castro sobre el Eo está rodeado por una fuerte muralla, y es romboidal. En la parte oeste, la muralla está separada por un foso natural del acantilado, una lengüeta de mar cuando la marea está alta, y una línea de arena cuando ya ha bajado. El acantilado forma como una segunda muralla por ese lado y constituye una barrera inaccesible, que protege la fortaleza. Después el acantilado tuerce hacia el este y limita por el sur con el río, el precipicio va descendiendo gradualmente y con el paso de las gentes se ha formado un camino que llega hasta un embarcadero en el río.

El camino se va haciendo más y más escarpado en el descenso, llega a ser casi un despeñadero. Los hombres caminan despacio, atentos al estrecho sendero, pero no dejan sin embargo de vigilarme. Intuyo que debo ser la parte más importante de la misión que les llevó a Arán.

Llegamos al final del precipicio. En la parte más baja de la barranca se extiende ante nosotros una explanada de hierba rala, seguida de una planicie de arena, más amplia ahora que la marea está baja. Es la desembocadura del río. Avanzamos a favor de la corriente y alcanzamos un embarcadero. Varios hombres con calzas oscuras y túnicas cortas, saludan a los guerreros, mirándome sorprendidos. Después, los caballos y pertrechos suben a grandes balsas de troncos unidos entre sí. Los remeros empujan a las embarcaciones y por último saltan sobre ellas.

Las barcazas se adentran grácilmente en el río, cruzan la corriente en la que se mezcla el agua dulce con la salada. Las gaviotas planean sobre las barcas. Gritan el nombre del río, «¡Eo!, ¡Eo!». En lontananza, la luz blanca de un cielo cubierto de nubes se refleja en el mar y lo torna grisáceo.

Desde el embarcadero hemos avanzado a través del río que lame la muralla por el este, formando un foso natural. Llegamos a la otra orilla donde los caballos y vituallas saltan al dique de piedra. La ciudad en aquel lugar está bordeada de campos verdes. Rodeamos la gran muralla hacia el este y en su lado más oriental nos encontramos con la puerta más noble de Albión, con un amplio arco en la entrada y dos torretas con vigías a los lados. El portón, ahora que es de día, está bajo tendiendo un gran puente sobre el río. Al atardecer, los vigías lo levantan con cadenas y la ciudad se vuelve inexpugnable.

Entramos en la fortaleza, me doy cuenta de que es algo más que un simple castro. Una ciudad de construcciones mucho más complejas que las de la aldea. Es casi una isla, por un lado el acantilado por el que descendimos, por otro el río y, por el tercer lado, el mar; circunscribiendo los tres un gran triángulo que se introduce en el océano; en esa península se encuentra Albión.

Sigo en la cabalgadura que me han asignado pero en aquel momento dos hombres me atan las manos. Avanzamos hacia la ciudad, mis captores se yerguen, enhiestos en sus caballos, orgullosos de su victoria, mostrando sus trofeos ante las gentes de Albión: centeno, figuras de plata, joyas. Los restos de mi pasado. Y sobre todo, me exhiben a mí.

Hombres y mujeres de piel blanca y cabellos castaños salen a recibir a la comitiva, gritan. Me miran con sorpresa y admiración, les sorprenden mis cabellos rubios casi blancos. Escucho de nuevo el nombre que me dieron los guerreros: Jana. Entiendo lo que dice la gente del poblado, hablan el mismo lenguaje de las montañas, en latín vulgar, aunque difieren en el acento. Las noticias parecen correr deprisa. Piensan que soy bruja; desde entonces siempre lo pensarán.

Observo a aquellas gentes desconocidas con preocupación y temor.

Las mujeres nos siguen, alguna muestra algún gesto hostil pero las más jóvenes me miran con curiosidad. Alcanzamos el gran edificio central. No he salido nunca del valle de Arán y la fortaleza de los príncipes de Albión me asombra. Muros de piedra, una entrada con un enorme arco y columnas pétreas rematadas por capiteles de hojas. Se detiene la comitiva. Escucho el sonido de trompetas, dos heraldos de vestiduras blancas las hacen sonar con fuerza. Esperamos a la entrada de la fortaleza, rodeados por las gentes de Albión. El capitán se revuelve nervioso en su caballo. Del gran palacio surge la figura de un oficial de mediana edad que indica a los hombres que desmonten. Los criados y hombres del séquito son despedidos, el capitán y los guerreros de más importancia son autorizados a introducirse en el reducto. Con las manos atadas me hacen caminar entre dos de ellos.

Las estancias son oscuras. Escoltada por los soldados suevos atravieso un largo corredor iluminado por la luz mortecina de las teas. El capitán camina por delante, detrás los hombres y yo entre ellos. Alcanzamos una estancia circular y abovedada, la luz penetra a través de una cavidad en el techo, es blanca y tenue, lo que provoca una sensación de irrealidad. En el centro un hombre mayor, de edad indefinida, pelo rojizo y vestiduras pardas nos recibe sentado en un asiento elevado, similar a un trono. Cerca del techo sobrevuelan dos pájaros que no puedo distinguir bien, sólo aprecio que uno es blanco y el otro es negro.

El capitán se dirige al hombre del trono, hablando un idioma extraño —el lenguaje germánico de los suevos—; no puedo entender bien las palabras pero acierto a comprender el sentido de lo que dicen; explica cómo ha sido destruido el enemigo, las bajas que han sufrido, el botín, y por último se vuelve a la prisionera. Describe mi trance, las luces sobre mi cuerpo por las noches, y el episodio del lobo. El anciano escucha interesado y fija su mirada en mí. El hombre ve solamente por un ojo, el otro permanece entrecerrado y su órbita está

hueca. Su rostro es atemporal, como una máscara sembrada de cicatrices. De cuando en cuando, encolerizado, eleva el párpado fijando sobre mí su cavidad rojiza. Me examina de arriba abajo. La suciedad cubre mi cuerpo, mi cabello está enmarañado y lleno de polvo. En las faltriqueras se esconden las luciérnagas. Me siento inmunda y atemorizada. No soy nadie. Sé que ese hombre es Lubbo, el hombre que ordenó la destrucción del poblado. Puede matarme cuando le plazca o respetarme la vida.

El senescal hace salir al capitán. En la sala, la luz que penetra del techo cae sobre el pelo rojizo de Lubbo, y le hace adoptar un aspecto estremecedor. Dos soldados, imperturbables cual figuras de piedra, miran al frente, la vista perdida en el infinito. Tiemblo. Después, Lubbo dirige hacia mí su faz aguilena. Escucho sorprendida palabras en mi propio idioma.

—¿Conoces a un tal Enol?

—Es mi padre.

—No sabía que Enol tuviera hijas —dijo el anciano con sarcasmo— o que amase mujeres. Él vivía para su ciencia y para los dioses de la naturaleza. No. No eres su hija. Tú eres de una raza diversa a la suya, diferente de la de Albión.

Bajó del trono y se acercó hacia mí.

—Estos cabellos nunca los tuvo el que tú llamas Enol. Ni esos ojos.

Metió la mano en mi faltriquera y yo asustada me retiré. Los soldados no parpadeaban. En su mano una pequeña luciérnaga de la noche brillaba tenuemente en la semipenumbra de la sala.

—Es un viejo truco. Quizá te lo enseñó el que tú llamas Enol. Te enseñó muchas cosas. También domesticar a un lobo es propio de él, y tus trances convulsos. ¿Te enseñó todo eso Enol?

—Sí —dije y mi voz sonó asustada.

—Dime, hija mía, ¿dónde está ese que tú llamas Enol?

—Ha muerto.

—No, hija mía —exclamó el tirano—, Enol no ha muerto. Les indiqué a mis hombres claramente que trajesen el cadáver del druida, y no han podido. ¿Dónde está?

Me estremecí ante esas palabras. Recordaba su capa llena de sangre y mi huida hacia el valle con la copa entre mis manos. Una débil esperanza se despertó en mi interior. Quizás Enol no había muerto. La habitación se llenó de luces que procedían de un trance que se apoderaba de mi cuerpo. El anciano se retiró de mi lado, y sentí alivio. Subió las escaleras del trono. De nuevo fijó en mí sus ojos.

A lo lejos vi la cara del príncipe de Albión, ávida de poder, que me decía:

—¿Dónde está la copa? ¿Dónde se halla la copa de Enol?

Intuí entonces que aquello era lo que habían buscado todo el tiempo pero, por un prodigio de los dioses, la copa se hallaba a salvo.

—Él, Enol... —dije arriesgándome—, la tendrá, si está vivo.

—Si Enol tiene la copa, le encontraré, sé que volverá a por ti. Tú serás mi señuelo.

Aquello era lo que buscaban los hombres de Lubbo, lo que había hecho que destrozasen el poblado. La copa que Enol poseía era la antigua copa bretona, la copa que quizá tiempo atrás Lubbo había disputado a su hermano Alvio y que había desaparecido.

Miré la cara amenazante de aquel hombre, Lubbo, el enemigo de Aster, quien había destruido el poblado. Sentí un terror irracional, extraño, profundo, que no pude dominar, y entré en trance. Entonces perdí prácticamente todo contacto con la realidad, pero no caí al suelo. En mi sueño oí las palabras de Lubbo llamando a los guardias, y al notar cómo me desataban las manos, fui volviendo en mí. Los dos hombres me condujeron hacia la luz solar, lejos de la cámara oscura y regia. La luz del sol me deslumbró.

Me conducían a mi cautiverio, mientras caminaba sin apenas conciencia en la luz blanca de la mañana lloré por el pasado y por Enol y recordé los últimos días en Arán...

Tras la marcha de Aster, los acontecimientos se sucedieron muy deprisa. Marforia y yo volvimos a aquella rutina de la que Aster se reía. Yo pensaba en él a menudo, su promesa de regresar se me hacía unas veces cercana y otras lejana. El poblado permaneció aparentemente tranquilo pero había miedo. Me dirigía al bosque y recorría los lugares que me habían unido a Aster: la cueva junto al río, los árboles... Me parecía extraño que él hubiese estado allí.

La marcha de Lesso y Fusco no sorprendió a nadie. El herrero se hundió en el trabajo, y en la tristeza. Todos sus hijos varones se habían ido. Se oía su martillar junto al yunque, día y noche. En su casa solamente quedaban las mujeres.

Ahora yo tenía más trabajo en el poblado, Enol no regresó y después de la mejoría del herrero la gente del poblado confiaba en mí. A menudo me llamaban y yo aplicaba los antiguos remedios que años atrás Enol me había enseñado.

Con Marforia atendía a los partos de las mujeres y las heridas de los hombres. Leía mucho, con avidez escrutaba los pergaminos, allí se albergaba la sabiduría de siglos y llegué a aprenderlos de memoria. Había tratados de Hipócrates, de Galeno y de Celso. Me sumergí en todo aquello para intentar olvidar mi soledad y mis preocupaciones. Me sentía vacía sin Aster y sin Enol, temía que no volviesen ya más. Por otro lado, la ausencia de Lesso y Fusco me impedía poder comentar lo ocurrido, Docio y Aro me evitaban y Marforia se volvió hosca. Sin embargo, todo parecía en paz, con la antigua rutina que antes me aburría y ahora calmaba mis temores pero que también me enervaba de impaciencia, porque sabía que algo iba a ocurrir.

Un mañana volvió *Lone*. Giraba en torno a mí como queriéndome enseñar algo, y me empujaba con el hocico. Intuí que aquello era de lo que Enol me había hablado, debía seguirle al bosque, barrunté que Enol no estaba lejos y que me quería para algo. Seguí a *Lone* a través del bosque, caminé detrás del lobo hasta la caída del sol hacia un lugar no muy lejano pero desconocido para mí. A veces yo dudaba y no quería continuar pero *Lone* me rodeaba amenazador y des-

cribía círculos en torno a mí evitando que me alejase, me empujaba continuamente hacia un lugar donde algo le llamaba. Corrí tras el lobo a través de los bosques. Con la carrera no sentí el frío de la noche, llegaba ya el invierno a aquellas tierras.

Lone y yo avanzábamos hacia el sur, internándonos en las montañas de Vindión. En lo alto de una colina, a varias horas de marcha desde el castro, llegamos a una cabaña en el bosque, no era nada más que una choza de troncos informe. Una luz brillaba en las sombras y *Lone* se dirigió en aquel sentido sin dudar. Aulló suavemente como un perro herido, entonces se abrió una puerta y salió un hombre desgredado con cara huraña. Al verme me miró como si me conociese, me hizo una señal invitándome a pasar. Dentro se acurrucaban los hijos del paisano y junto al fuego una mujer muy sucia. Al entrar divisé junto al hogar, en un lecho de hojarasca, una figura acostada. Era Enol. Le cubría su capa y estaba llena de sangre. Me arrodillé a su lado y él me abrazó con afecto, no me dejó hablar.

—No tenemos tiempo—dijo hablando con dificultad—, escucha atentamente.

—Estás herido.

—Eso no importa.—Habló en voz muy baja para que nadie lo oyese—. Debes esconder la copa.

Y de su manta sacó un objeto brillante, que refulgía iluminado por la luz del hogar. Era la copa y brillaba con una luz especial.

—Me persiguen los hombres de Lubbo, buscan la copa y es vital que no la encuentren. Sé que es una locura enviarte con la copa pero no hay otro remedio, si la encuentran el poder de Lubbo será infinito y con ese poder solamente obrará el mal, por eso es trascendental que Lubbo no se haga con ella. Sólo hay un lugar seguro: la cueva tras la roca. Detrás del manantial al lado de nuestra casa hay una pared rocosa que oculta un antiguo secreto de los druidas. Yo lo descubrí hace años. Debes llevar la copa allí.—La voz de Enol entrecortada se detenía a veces por el esfuerzo—. Arri-

ba, justo por debajo de donde mana el agua encontrarás una piedra que sobresale, con ella se puede hacer palanca empujándola hacia la derecha; si lo haces así se correrá una losa situada debajo de la fuente. Después tirarás con esfuerzo de la losa y descubrirás una cueva tras el agua. Es allí donde debes esconder la copa. Cuando lo hayas hecho deberás cerrar la cavidad, la losa se corre tirando en sentido inverso, notarás que encaja y que la palanca vuelve a su sitio. No mires lo que hay dentro. No reveles jamás dónde has ocultado la copa.

Enol se detuvo, se fatigaba y casi no podía hablar. Me hizo repetir las instrucciones para entrar en la fuente, después prosiguió repitiéndome las indicaciones.

—Es crucial que no mires en el interior. Nunca. Allí en la cavidad bajo el agua esconderás la copa y nunca la podrán encontrar. Nadie debe conocer esto. Nunca más la volverás a tocar. ¿Lo harás?

—Sí. Haré lo que dices, pero tengo miedo.

—Son malos tiempos. Yo ya no tengo fuerzas, no sé si me queda mucho.

Sollocé asustada.

—No tengo a nadie más... sólo a ti.

—No llores, todo está llegando a su fin. La copa sólo estará segura tras el manantial. Es la copa de los druidas, es mágica, si cayese en las manos de Lubbo se convertiría en un instrumento de perdición... —Se detuvo de nuevo y después me miró largamente y en voz baja continuó—: Después vuelve aquí. Si puedes...

Pasado el tiempo comprendí a qué se refería al decir aquel «si puedes». Enol presentía el fin del castro de Arán.

—Me da miedo el bosque de noche.

—Debes vencer el temor. Nada te ocurrirá. *Lone* irá contigo.

—No quiero dejarte solo y herido. ¿Qué te han hecho?

—Hay gente que no me quiere bien. —Después prosiguió con dificultad—. Tú no eres de aquí, bien lo sabes, pero tu estirpe es alta. Vendrán del sur a por ti y deberás seguir-

los. Entonces tras el hueco del manantial encontrarás tu pasado, todo lo que te pertenece, lo que yo nunca toqué. Allí, detrás de la fuente donde vas a esconder la copa de los druidas y los sortilegios. Allí, hay un tesoro que te pertenece por nacimiento.

—Por nacimiento. ¡Por favor, Enol! ¡Dime quién soy!

—Eres de la estirpe más alta que hay entre los godos. Pensé que había llegado el tiempo en que volverías, el rey que mató a tu padre ha muerto.

—¿Quién mató a mi padre?

—La muerte la ordenó el que fue rey de los godos. Debes saber su nombre: Teudis se llamaba. Hace dos primaveras Teudis fue asesinado y el sur comenzó a cambiar. Por eso he ido al sur durante estos meses, intentando que recuperes tu lugar. Pero el que ha seguido a Teudis es un hombre inhumano, lujurioso y amoral, y el que le ha seguido es aún peor, Agila, un tirano. Ahora los godos están en guerra... aún hay esperanza.

Entonces, con una enorme compasión, Enol prosiguió hablando lentamente.

—Vienen tiempos difíciles, sé que sufrirás mucho por causa de la copa.

Me acarició el pelo y con una voz de tristeza dijo:

—¿Cuánto daño te he hecho? ¿Cómo podré nunca repararlo?

Enol me instó a marchar y ya no habló más. Sentí que el druida desconfiaba de aquellas gentes que le habían acogido, quizá por un ancestral deber de hospitalidad. Al salir de la cabaña el hombre me miró con expresión torva. Sin *Lone* a mi lado, aquel hombre me habría atacado. Como la mayoría de los habitantes de los bosques de Vindión, aquel individuo respetaba a Enol porque le tenía miedo.

La noche era cerrada al salir de la cabaña. *Lone*, a mi lado, me empujaba de nuevo hacia delante, el lobo parecía saber adónde se dirigía y me guiaba. Yo notaba el peso de la copa bajo mi manto. Llegamos hasta una senda ancha que nos permitía avanzar más deprisa.

Entonces de frente en el camino me encontré a los guerreros suevos. Volvían pletóricos, una pequeña compañía de unos cinco hombres. Intentaron atrapar me y me golpearon pero *Lone* los atacó. Al final huyeron del lobo, no sin antes haberle herido, por lo que quedó atrás. Tuve miedo de que encontraran la copa y proseguí mi camino sola, magullada y jadeante, hacia el castro de Arán, con una única idea: debía esconder la copa. En aquel tiempo —y muchas veces después— pensé en las palabras de Enol y en aquellos nombres: Teudis, Agila. No eran del todo extraños a mi memoria.

Cuando llegué al valle de Arán, la niebla se levantó y divisé el castro destruido e incendiado por los guerreros de Lubbo; las casas humeantes, la muralla semidestruida, todo bañado por la luz plateada de la luna. Me acerqué a la vieja cabaña de Enol aún ardiente y descendí por la colina hasta el manantial. Después, los hombres de Lubbo volvieron, me descubrieron junto al agua y me apresaron, pero yo ya había escondido la copa.

VII

Albión

Franqueando los patios contiguos al gran palacio, accedimos a las callejas del poblado, empedradas y húmedas. El ambiente rezumaba olor a mar y a salitre. A lo lejos, escuché el bramido de la marejada, y mis oídos se llenaron de la sonoridad de las olas rompiendo contra la ensenada. Por encima del estruendo del mar, se distinguía el sonido que salía de las gargantas de miles de gaviotas sobrevolando el poblado.

Recorrí por primera vez el gran castro sobre el Eo, custodiada por los soldados de Lubbo. La ciudad se distribuía en barriadas construidas al azar en piedra, madera o adobe según la clase social de sus dueños. Deambulamos cerca de unas casas bajas de barro, donde habitaban los soldados y la servidumbre. Las mujeres molían en el umbral, y alzaron los ojos de su tarea, mirándome con curiosidad. Más adelante, unos niños sorprendidos nos observaron y siguieron el paso de los soldados, como jugando. El malestar después del tranche hacía que mis pasos vacilaran; por ello, los niños lanzaron exclamaciones que podrían ser insultos, posiblemente me llamaban borracha.

Finalmente llegamos a un conjunto de edificaciones con techo de madera y planta oval, como un pequeño enjambre, el lugar estaba rodeado de un alto muro a trozos derruido, pero que distinguía claramente del resto del poblado y no permitiría salir fácilmente de allí a sus ocupantes. Dentro se

abría un enorme patio o corral al que comunicaban unas casuchas más pequeñas. En el centro, un pilón grande donde caían las aguas de las lluvias, en el que las mujeres lavaban. Nos paramos en el acceso al recinto, que después supe que era llamado «la casa de las mujeres», y esperé que la guardia nos diese paso. Desde la entrada vi en el patio a niños de corta edad que jugaban en el barro y unos perros corriendo de un lado a otro.

En el umbral de una de las construcciones de piedra una anciana de rasgos hombrunos parecía trabajar distraídamente limpiando guisantes. Más allá, otras mujeres molían bellotas. Cuando llegaron los guardias, las habitantes dejaron sus ocupaciones movidas por la curiosidad, una de ellas se levantó y se introdujo en el interior llamando a alguien. Hablaban mi misma lengua, la latina, deformada por el acento de los albiones.

Salieron más mujeres. Una de ellas, mayor que las otras, parecía revestida de una dignidad especial. Su atuendo era una túnica larga, adornada con ajorcas de piedras, y un largo manto cerrado por una fíbula. Puso su mano sobre mi hombro y despidió a los guardias del palacio.

—Soy Ulge —dijo—, señora de la casa de las mujeres. ¿Cuál es tu nombre?

—No tengo nombre —contesté como dudando—. Me han llamado Jana porque me encontraron junto a una fuente y mi padre era un druida.

Ulge miró a la multitud que nos rodeaba, curiosa, y me indicó con un dedo sobre los labios que debía callar.

—Aquí, ninguna tenemos pasado, y Jana es un nombre como cualquier otro. Todas somos cautivas aquí, hasta yo que os dirijo, procedemos de muchos lugares y cada una lleva consigo su propia historia.

Me sentí confortada por aquella mujer de grandes y finas manos que se movían expresivas al hablar y de cabello níveo que brillaba al sol. Ella prosiguió diciendo:

—Ven, hija mía, necesitarás descansar y asearte.

Me hizo avanzar en el recinto, un lugar alegre donde se cultivaban flores y los niños de corta edad jugaban, las galli-

nas y los perros corrían de un lado a otro. No había hombres.

Varias mujeres a las órdenes de la anciana, riendo y charlotando en un dialecto parecido al de Arán, en el que se mezclaban palabras suevas y latinas, me empujaron hacia una de las construcciones redondas. Dentro se cocía el agua y unas ventanas sin vidrios, entreabiertas, apenas dejaban pasar la luz. De allí pasé a una estancia redonda cubierta por ramas de parra entrecruzadas; a la sombra de ellas, un gran baño circular en el que entraba agua constantemente por un manantial que surgía de la pared. Se bajaba a él por escaleras talladas en la roca y, al meterme en el agua, con sorpresa descubrí que era tibia, un manantial caliente surgido de la roca. Semidesnuda, el agua tibia y agradable al tacto me cubrió. Me lavaron los cabellos con esencias olorosas. La suciedad me abandonó. Sólo dos doncellas jóvenes permanecieron dentro, vertían sobre mí cántaros de agua caliente. Cuando estuve limpia las dos mujeres me examinaron los dientes, me palparon el cuerpo, y acariciaron los largos cabellos ahora limpios del polvo y del ramaje del camino. Me vistieron con una túnica limpia de lana fina, cruzada por un cordón, y después me trenzaron el pelo.

Cuando finalizó el aseo, las mujeres de los baños me condujeron al exterior, a un gran patio entre las casas; el resto de las moradoras de aquel lugar me examinó con interés y una cierta admiración. Limpia, con una túnica fina y el pelo trenzado me sentí descansada y con esperanza de que nada malo me fuese a ocurrir.

Salimos de nuevo al patio central y atravesando aquel espacio irregular entre las casas me condujeron al frente del recinto, a un lugar en donde una construcción de mayor tamaño lo dominaba todo. Las habitantes de la casa de las mujeres nos seguían y, de allí, al oír el murmullo de la gente, salió Ulge. Me hizo entrar en su casa para interrogarme.

—¿De dónde vienes?

—Vengo de la montaña, del castro de Arán; hace apenas una semana los soldados atacaron y destruyeron mi poblado.

—Aquí hay godas, cautivas de la región de los autrigones, mujeres de los leggonos y los pélicos. También hay mujeres de poblados rebeldes, como debió de ser el tuyo. Nos protegemos unas a otras. No hables mucho de tu pasado. Todas somos iguales, porque todas hemos dejado algo atrás. Cada una tiene su función. ¿Sabes tejer?

—No, pero puedo aprender.

—Irás al recinto de las tejedoras y esta noche dormirás con Uma, Verecunda y Lera. Algún día bajarás a la costa y, si es necesario, ayudarás en la fortaleza de Lubbo.

Al oír aquel nombre, me asusté.

—¿Temes a Lubbo?

—Sí —musité.

Ella calló, me miró comprensiva y no quiso seguir hablando de aquello. Después llamó en voz alta:

—¡Vereca!

Por la puerta apareció una mujer muy alta, con pelo rizado de color rojizo y aspecto un tanto hombruno.

—Conduce a Jana a vuestro aposento.

En silencio, Vereca me acompañó a través del conjunto de habitáculos en torno al patio central. Las casas se comunicaban directamente con la fortaleza, el palacio de Lubbo.

Accedimos a una de esas casas, un almacén en el que se amontonaban sacos de bellotas, castañas y manzanas. La mujer era muy callada. Extendió una estera sobre el suelo y me pasó una manta formada por las pieles de varios animales pequeños, para que me abrigase. Después ella se retiró.

Durante la noche me desperté varias veces, allí dormían otras mujeres, entre ellas, la que Ulge había llamado Vereca. Seguí dormitando. En mis sueños, Enol me habló y pude ver a Aster, pero un Aster diferente, galopaba hacia unas montañas de cumbres blancas, rodeado de muchos hombres, con él estaban Lesso y Fusco. Mis sueños enlazaban a menudo con el pasado, o el futuro, pero en aquella época las visiones me comunicaron con Aster y pude saber así que sus heridas se habían curado, y que las gentes se congregaban alrededor de él y le seguían.

Desperté antes del alba, la luna y las luces de las antorchas en el exterior iluminaban un recinto estrecho y alargado. A lo lejos cantó un gallo. Junto a mí, en esteras en el suelo yacían otras tres mujeres. Pronto amaneció y pude contemplarlas. La mayor era Vereca, las otras dos eran jóvenes, quizá mayores que yo pero no pasaban la veintena, una de ellas de cabello muy oscuro, dormía apoyada sobre un brazo de piel dorada, el largo cabello le cubría la cara. La otra mujer dormía boca arriba, sin moverse, tenía unos rasgos muy puros y el cabello castaño largo y ondulado y su piel era de un blanco lechoso. Los ojos muy grandes y de largas pestañas permanecían cerrados y debían de ser hermosos, después comprobé que eran grises. Cantó de nuevo el gallo y la luz del sol se introdujo con más fuerza por las grietas de la puerta. Vereca se levantó primero.

—Vamos, vamos, arriba —dijo—. Hoy Lera y yo iremos a la fortaleza.

Lera miró a Vereca asustada, sus grandes ojos grises se llenaron de miedo, y la hermosa piel de su cara se ruborizó. La observé con comprensión, a mí también me hubiera asustado volver a la morada de Lubbo.

—Nos ha dicho Ulge que irás con Uma al telar.

Miré a Uma, era la mujer morena, que dormía con el cabello extendido sobre su cara. Al levantarse vi su rostro. Tenía unos rasgos muy pronunciados, una nariz muy grande, aguileña, con una cara cuadrada, los ojos grandes y rodeados por ojeras, que los hacían parecer profundos. El conjunto resultaba agradable aunque no era hermosa.

—Yo la acompañaré.

Recogimos las esteras y las pieles y las dejamos a un lado, después salimos hacia el telar por el camino, Uma no dejó de hablar.

—¿Cuándo has llegado?

Me gustó su forma de hablar, clara y directa.

—Ayer.

—Te acostumbrarás, aquí la vida no es dura aunque no podemos hacer siempre lo que queramos.

Atravesamos el espacio central, correteaban niños, gallinas, perros, algún cerdo y ovejas. Llegamos a una amplia cámara, encalada y limpia, donde varias mujeres hilaban y tejían. Al verme me rodearon.

—¿Eres la nueva?

—Sí, debo de serlo. —Sonreí tímidamente.

—¿Sabes tejer?

—No.

—Ayudarás a Uma a devanar la lana.

Me senté en un banco pequeño y Uma, frente a mí, me enseñó a hacer los mismos movimientos que ella. Sonreía a menudo y me sentí tranquila. Las puertas del telar estaban abiertas, en el techo se entretejían ramajes que nos tapaban de la lluvia tan frecuente en aquellas tierras. Al fondo, el fuego del hogar calentaba el ambiente, y la luz entraba por las puertas muy abiertas. Todo me llenaba de curiosidad.

—Anoche, además de Verecunda en el lugar donde dormimos vi a otra mujer, me pareció muy hermosa.

—Es Lera, procede de Ongar, el lugar de los rebeldes, ya sabes. En un ataque de Lubbo fue capturada; allí las mujeres son hermosas, pero no lo son tanto como lo eres tú.

Yo enrojecí.

—Aquí las mujeres no tienen el pelo dorado, ni la piel tan clara. ¿De dónde procedes?

—Vengo de Arán, un poblado en las montañas.

—Eso no es posible. Allí la gente no es como tú.

—Sé que llegué allí de niña, procedente de otro lugar. Viví con un sanador, un druida, creí que era mi padre. Pero ahora no estoy segura. Y él ya no está.

—¿Ha muerto?

—No lo sé.

En mis visiones, en mis sueños, una y otra vez aparecía Enol, unas veces le veía vivo y otras muerto por un arma blanca, apuñalado, con un semblante similar al que recordaba cuando me despedí de él en la cabaña en los bosques. Pero mis visiones no tenían tiempo, podían ser del pasado o trans-

currir en un tiempo futuro. Era difícil saber si mi visión sobre Enol era pretérita y él había muerto, o correspondía a un tiempo que aún no había llegado.

Intenté evitar la conversación sobre Enol y pregunté a Uma:

—Y tú... ¿De dónde vienes?

—Yo no vengo de ningún sitio —rió ella—, soy de Albión. Mi familia era muy importante, y siempre fue fiel a Nícer. Después de la conquista de Albión por los suevos, Lubbo condenó a muerte a mi padre junto a Nícer. Mi hermano Tibón huyó a las montañas con Aster, yo y mi madre fuimos encerradas aquí, ella falleció cuando yo era pequeña. A veces hablo con Ábato y con sus hijos, que son parientes. Yo he crecido y vivido aquí, Ulge es casi una madre para mí. Se puede decir que no he conocido otro lugar que la casa de las mujeres. Me gusta salir de aquí y a menudo consigo escapar por las noches. Veo a los hombres de la guardia —entonces Uma suspiró—, si consigues casarte con uno de ellos podrías salir de aquí.

—¿Entonces eres feliz en este lugar?

Uma calló pensativa pero después habló en voz alta.

—¿Qué es ser feliz? No lo sé. Supongo que me gustaría casarme e irme; pero aquí no estoy mal, Ulge me cuida y yo no pienso en otra cosa. Ulge parece adusta porque tiene que gobernar este reino de tejedoras, alfareras, cocineras, pescantinas y no es fácil. Afortunadamente Lubbo la respeta y ella nos cuida.

Guardamos silencio un tiempo mientras devanábamos la lana. Yo pensé: «Ulge me recuerda a Marforia. ¿Dónde estará Marforia?» Y después seguí especulando tristemente: «Quizás haya muerto.» Me sacó de mis pensamientos la voz de una mujer mayor que nos acercó una saca de lana. Nos dijo:

—¿Qué estáis haciendo? Aquí os traigo trabajo.

Uma dejó de hablar y comenzó a enseñarme a hilar, con un huso al que enrollaba los mechones de lana y una rueca.

—¿Ves?, así, no dejes que se escape la lana.

Me resultaba difícil hilar, la lana se me escapaba y Uma se reía de mí.

—¿Qué hace una mujercita como tú sin saber hilar? ¿No tienes madre?

—No. Te dije que viví siempre con un druida, había un ama, Marforia, pero yo la evitaba. Me gustaba ir con Enol por el bosque, y sé muchas cosas de las plantas.

—Eso le interesaría a Romila, es la curandera de este lugar. La conocerás. Ella también busca plantas.

—¿Hay muchas mujeres aquí?

—El número de las mujeres varía de unas épocas a otras, alguna es solicitada por los guardias o por habitantes del castro y vendida como criada y esposa. Todas tememos a los solsticios y el plenilunio, porque a menudo alguna es sacrificada.

No quise indagar acerca de aquello. Seguimos trabajando toda la mañana, y supe muchas cosas de Albión. Después comimos un potaje bien condimentado aunque pobre. Pasaron las horas, me dolían las manos de devanar la lana. Llegó la noche, una noche sin luna, el cielo encapotado no dejaba pasar el fulgor de las estrellas.

En la mañana, fría y gris, Lubbo me mandó llamar y Ulge vino, pálida, a decírmelo. Me condujo hasta la puerta de la casa de las mujeres y desde allí dos guardias me condujeron ante el hechicero. La visión de la fortaleza me causó pavor, un edificio de piedra de dos plantas grande y alargado, con torreones y una gran terraza desde donde se divisaba el mar. A la planta superior se accedía por unas escaleras no muy amplias; después descendimos hasta el sótano y nos introdujeron en una estancia de ventanas con arcos, apoyados sobre columnas redondas con capiteles achatados. En el centro Lubbo se sentaba sobre un trono elevado. El lugar era tétrico, las ventanas cubiertas por colgaduras de un tejido oscuro no dejaban entrar la luz. El techo abovedado era de piedra.

Lubbo se mostraba así ante las gentes cuando quería infundir miedo, sentado en aquel trono alto y precedido por dos búhos, dos pájaros grandes que comían carne de su mano: un gran búho real negro y otro más pequeño, blanco.

Cuando llegué a la presencia de Lubbo, vi sobre su puño el gran búho negro; tras él, posado en el capitel de hojas de una columna, se posaba el búho blanco. Me asustaron los pájaros. El más grande, de pelaje negruzco y ojos rojos, de un tamaño similar al de un águila, parecía mirarme con odio. El búho blanco, procedente de las islas del norte, movía la cabeza como afirmando, un animal inquietante, de ojos ámbar, con mirada intensa y maliciosa.

Supe después que Lubbo había ligado su poder a aquellas aves, a las que cuidaba con desvelo y alimentaba con carne humana. El aspecto de Lubbo me sobrecogió, sobre todo cuando fijó en mí la cavidad profunda de su único ojo. El cabello rojizo, un tanto erizado, le daba un aspecto demoníaco que se acentuaba por su extraña mirada; Lubbo escudriñaba todo a través de unas cejas espesas e hirsutas y su expresión despedía un fulgor duro como la yesca de un pedernal. Mientras hablaba las palabras salían en un susurro por debajo de su larga barba de color entrecano.

—Me dirás dónde ha ocultado Enol la copa o serás torturada.

—No lo sé —grité—. Enol la llevó con él.

—Puede ser que sí, o puede que no. Ogila, ¡átala!

Me ataron y un siervo me desnudó la espalda, comenzaron a golpearme con látigos y varas, yo empecé a llorar. Lubbo parecía disfrutar con aquello.

Sentí un gran dolor, entonces mi respiración se volvió rápida y una gran luz blanca me inundó. Perdí el sentido.

Al despertar, me habían soltado. Lubbo ya no estaba, oí a los hombres decir:

—Mucha suerte ha tenido al perder el conocimiento. Lubbo se ha puesto furioso.

Con paso vacilante me llevaron de nuevo a la casa de las mujeres, allí me condujeron al lugar donde vivía Romila, la sanadora curó mis heridas y me hizo descansar. Me encontraba mal, en un estado de angustia y de gran agotamiento; mientras me aplicaba un ungüento en la espalda y en las articulaciones, Romila habló.

—Te han golpeado brutalmente, pero en medio de todo has tenido suerte. Sí. Mucha suerte.

Interrogué a Romila.

—Suerte, ¿por qué?

—Otros han muerto ante las torturas de Lubbo, y muchos han sido sacrificados a su dios vengativo y carroñero. Han servido de comida para sus pájaros.

—¿Sacrificados? —me asusté—. En mi aldea se intentó sacrificar a un pequeño guerrero del sur pero alguien lo impidió.

—Tuvo suerte. Aquí desde que está Lubbo, muchos mueren.

—¿Desde cuándo ofrecéis sacrificios?

—Los antiguos moradores de este castro en ocasiones muy especiales ofrecían sacrificios y holocaustos a los dioses. Nícer los prohibió. El tiempo de Nícer fue un tiempo feliz, un tiempo de paz. Hubo buenas cosechas. Nícer era un hombre íntegro, valiente, abominaba de las luchas fratricidas y la guerra sin sentido. Cuando Lubbo consiguió el poder, llegaron malos tiempos y Lubbo decretó que se construyese el templo a los dioses de nuestros antepasados; pero ésa no es la tradición, en nuestro pueblo no se adora a los dioses en un templo, sino en el claro de los bosques. A Lubbo le gusta el espectáculo y los altares de piedra, ama la sangre, siente placer al ver sufrir a sus víctimas.

Romila me curó las heridas en las muñecas y las vendó con cuidado. Todo me dolía, y hablé:

—Cuando intentó torturarme sentí que quería hacerme sufrir. Lubbo disfrutó viéndome padecer, después entré en trance y perdí el conocimiento.

—Quizá por eso no te ha torturado tanto, a ti un dios te hace entrar en la inconsciencia, eso te protege.

Romila me acostó en su lecho y me dejó descansar tranquila. Después tomó hierbas de un saco grande, comenzó a seleccionarlas, a limpiarlas, por último las cortó y las introdujo en una gran olla sobre el fuego. Romila se distraía en-

tre una cosa y otra y hablaba. Yo no quería recordar mi encuentro con Lubbo, me sentía aterrorizada.

—Sigue contando cómo llegaron los sacrificios.

—Al principio eran pequeños animales, aves que entregaba a los pájaros de presa, descuartizándolos y lanzando pequeños trozos de la víctima al aire para que las aves de presa los comieran. Lo hacía delante de todo el mundo. Después comenzó a sacrificar a machos cabríos, y caballos blancos. Tenían que ser de gran envergadura e inmaculados. Él disfruta introduciendo el cuchillo en el bruto, hasta lo más hondo del animal. Después Lubbo bebe su sangre aún caliente y le da carne del sacrificio a los búhos. A menudo entra en trance y con él mucha gente, porque Lubbo reparte una bebida excitante que vuelve loca a la gente.

—Es horrible.

—Lo horrible estaba aún por llegar. Durante algunos años hubo sequía, no llegaba la lluvia a los campos. Lubbo decidió iniciar los sacrificios humanos. Comenzó a sacrificar doncellas y jóvenes en su pubertad. Le gusta matarlos delante de todo el mundo y sentir el miedo y el odio de la plebe. Es verdad que en los tiempos antiguos se hacían sacrificios; pero era distinto, se inmolaban personas mayores que querían descansar de la fatiga de la vida y que morían aceptando el sacrificio, o se mataba a algún cautivo de guerra. Ahora, los sacrificios cada vez son más frecuentes. Pero él nunca tiene suficiente...

—¿Qué más le queda?

—Le queda encontrar una copa.

Al oír hablar de la copa me sobresalté.

—¿Qué copa?

—La copa de los antiguos druidas, cree que si bebe sangre humana en la copa, su poder será superior al de cualquier otro hombre. Pienso que te guarda aquí porque te reserva para sacrificarte. Tú también eres de cabello claro y blanca, la doncella para el sacrificio.

Me asusté. Romila advirtió mi turbación.

—Creo que él te mantiene viva porque quiere algo de ti, quiere saber algo, por eso te tortura.

Yo callé. Tenía miedo de Romila, parecía amable pero sentí que buscaba algo. Entonces dije:

—No sé dónde está esa copa.

—¿Ah, sí? —dijo mirándome a los ojos. Me costó resistir su mirada.

No fui desgraciada en la casa de las mujeres. Sólo temía volver a ser torturada y alguna vez más Lubbo me hizo llamar, ansioso por conocer el paradero de Enol. De nuevo, intentó que hablase pero yo ante el dolor perdía el conocimiento. En aquellas crisis veía a Enol que me suplicaba que no revelase el paradero de la copa. Muchas veces soñé con Aster. Me parecía verlo una y otra vez, le contemplaba montado sobre el gran caballo asturcón, despidiéndose de mí.

Me volví pálida y macilenta, asustada por la tortura. Un día supimos que Lubbo se ausentaba de Albión y en el poblado se respiró tranquilidad, mejoró el tiempo y comenzamos a bajar a la playa a recoger moluscos. Ulge, compadecida y deseosa de que el aire del mar curase mis miedos, me envió con las buscadoras de conchas a la costa. Desde la casa de las mujeres cruzábamos el poblado vigiladas por hombres de la guardia, después atravesábamos la muralla por el portillo sur y descendíamos por el acantilado a través de unas empinadas escaleras llegando a una playa de arenas muy blancas.

A mí me gustaba divisar el mar gris perla que se adentraba hacia el horizonte, techado a menudo por una muralla de nubes azuladas a lo lejos. Más cerca, en la costa, se abría un cielo añil entremezclado con nubes rosáceas.

Todas disfrutábamos sintiendo el agua en los pies, con una cierta sensación de libertad y observando el mar cambiante: terso o embravecido, azul grisáceo o verdoso, adornado por espuma o calmo.

Una mañana, vigiladas por Uma, recogimos crustáceos y moluscos entre las piedras.

—Eres muy joven —oí a mi lado.

Levanté la vista de la arena bañada por las olas y distinguí a Romila, no la había visto desde que cuidó mis heridas tras los tormentos de Lubbo. Ella quería hablar conmigo.

—¡Quién tuviera tus años! —dijo mientras se esforzaba en seguir el paso de las otras.

Sonreí.

—No soy tan joven, ya he cumplido dieciséis.

—Yo también fui joven y no era fea, pero no tan bonita como tú. Tienes un cabello dorado precioso y ser tan hermosa, aquí, no es bueno, siempre sacrifican a las hermosas.

Al ver mi expresión asustada, la vieja me hizo un guiño.

—Por eso yo sobrevivo. —Rió—. No te asustes, puedes sobrevivir si tienes algo que agrade a Lubbo, o bien asustarle con algún tipo de superstición. Yo sobrevivo por eso.

—¿Por qué?

Me hizo un gesto de complicidad

—Lubbo está convencido de que el día que yo muera, él me seguirá. Estamos bajo las mismas estrellas y su padre y mi padre fueron de la casta de los hechiceros, por eso no se atreve a hacerme nada y puedo decirle todo lo que quiera.

Miré a Romila, su rostro me resultó agradable, con su fina nariz aguileña y la cara surcada de arrugas sin fin. Romila se inclinaba hacia la arena a recoger moluscos y los introducía en un pliegue de su ropa. Detrás de nosotras, faenaban Verecunda y Uma, mis compañeras.

Había llegado a apreciarlas. Verecunda era goda, pero no era una goda de alta alcurnia, procedía de un poblado de campesinos que se había asentado en la meseta. Verecunda no era hermosa, con un pelo rojizo siempre fosco, la cara picada de viruelas y los dientes mellados; pero sus ojos azul apagado eran amigables y leales.

Se situó junto a nosotras.

Yo susurré:

—Romila dice que en el solsticio sacrificarán a una de nosotras.

—No siempre lo hacen —dijo Vereca—, algún año sacrificaron caballos blancos o alguna vaca.

—Pero ahora están en guerra y necesitan todos los animales —dijo Romila.

—No le hagas caso a Romila —me tranquilizó Verecunda—, le gustan los sacrificios humanos más que a Lubbo.

Al oír la acusación Romila enfureció.

—¡Eso es mentira! —chilló con voz destemplada y algo temblona—. ¡A ver! ¿Quién se enfrentó con Lubbo para evitar que mataran a la última si no yo?

—Eso sí que es verdad, eres la única que sabe enfrentarse con Lubbo.

Romila siguió charlotteando, y yo me alejé con Verecunda.

—Ten cuidado, Jana —me dijo la goda—, Romila está loca y dicen que juega a dos bandos, es una espía, no le cuentes nunca nada. Sin embargo, escúchala, ella es la que más conoce a Lubbo y las costumbres de los tiempos antiguos.

Entendí que no me convenía fiarme de nadie, aunque por sus expresiones Romila pareciera benigna hacia mí, podía ser peligrosa. Callé e intenté escaparme del mar. Las olas me arrastraban. Reí con las mujeres más jóvenes, jugábamos a escapar de la marea que siempre nos alcanzaba. Las olas estallaban sobre la playa y el oleaje era intenso. A lo lejos divisamos un navío de velas blancas.

Aceleré el paso y me puse a correr con las otras chicas. El tacto del agua fría me hizo evocar la fuente en Arán, pensé en mi secreto, y de pronto recordé que al depositar la copa había notado el frío de un metal y la sensación de tocar piedras preciosas. Me detuve al recordar aquello pero pronto seguí corriendo, y empujé a Verecunda, que se asustó. Siempre se asustaba ante lo imprevisto.

—¿Por qué te asustas tanto? —pregunté a Verecunda.

—No sé. Desde que asaltaron mi poblado y murió mi gente, siento un sobresalto constante.

Comprendí su profundo sufrimiento.

—¿Te acuerdas mucho de ellos?

—Siempre los tengo presentes, mi buen esposo Goderico, mis niños, mis padres. Mis padres y mis hijos han muerto, sé que condujeron preso a Goderico, mi buen esposo. ¡No te imaginas lo que es no tenerlos!

Callé. No supe cómo consolarla y conversamos sobre otras cosas.

Subimos la ladera del acantilado por el estrecho sendero en la peña. De vez en cuando resbalábamos en las rocas y reíamos. Nos vigilaba Ulge, que se apoyaba en Romila para su ascenso. En un alto del camino paramos, atardecía y el sol se acercaba al mar, después descendió dejando sólo una fina línea roja sobre el océano. Yo no podía retirar la vista de aquel horizonte inmenso, enrojecido por los últimos rayos de un sol de invierno. Entonces, entré en trance y perdí el sentido, vi las montañas derrumbarse y a Aster y a sus hombres a caballo, huyendo de la ruina de los montes.

Me condujeron inconsciente a la casa de Romila. Permanecí desvanecida largo tiempo, durante el cual hablé de Arán, del herrero enfermo, de Enol. Romila me escuchaba, y al despertar me interrogó. En el gran almacén se disponían varios lechos para los enfermos, allí la sanadora guardaba toda clase de plantas y raíces en sacos y en cajones grandes de madera. El lugar olía como la casa de Enol, y todo me resultaba familiar.

—Te he escuchado en tu trance. ¿Conoces el arte de curar?

—Sé algunas cosas. Viví con un hombre muy sabio que se llamaba Enol, conozco el nombre de las plantas y sus propiedades.

Con la ayuda de la curandera me recuperé y seguí con mis tareas en el castro; pero unos días más tarde, quizás a petición de la propia sanadora, Ulge dispuso que yo colaborase con Romila en la curación de las heridas y enfermedades de la casa de las mujeres; pronto le ayudé también en la atención de los hombres y las mujeres de Albión. Este cometido me daba una cierta libertad; con la excusa de coger algas y plantas medicinales podíamos alejarnos de la prisión. Acom-

pañaba a la curandera, que apoyaba su cuerpo cansado en mis hombros.

Por las noches, regresaba a la morada que compartía con Lera, Uma y Verecunda. A veces Romila y yo nos demorábamos en la ciudad y las puertas de la casa de las mujeres, como en Arán, se cerraban. El atardecer casi siempre nos sorprendía fuera. Un día las puertas estaban cerradas y los guardias nos impedían el paso, pero Romila no se inmutó. Dio la vuelta a la gran cerca de piedra y tras un recodo, oculto por una gran enredadera, pude ver un pequeño portillo.

Entramos sin problemas en la casa de las mujeres. Llegué muy tarde al lugar donde dormía. La estancia estaba a oscuras pero por la ventana la luz de la luna proporcionaba una cierta claridad. Vi a Lera. Estaba de rodillas a un lado, su hermoso rostro, reclinado ligeramente hacia delante, mostraba una expresión de paz.

Al verme levantó la cabeza.

—¿Qué haces?

—Rezo a mi Dios.

—¿Quién es tu dios?

—Murió en una cruz.

—¡Ah! Eres cristiana.

—Sí. En Ongar muchos lo éramos.

—¿Vienes de Ongar? ¿Conoces a Aster?

—No, él llegó a Ongar después de que yo fuera hecha cautiva.

—Cuéntame de tu dios.

—Es un dios bueno y providente que nos cuida.

Yo me reí de ella y le dije:

—No será tan poderoso cuando tú estás cautiva.

Ella intentó explicarme.

—Su poder es distinto, no se impone, y él sufrió por nosotros, comparte nuestros dolores.

Observé el convencimiento con el que Lera decía estas palabras, su expresión me gustó pero me encontraba cansada y callé pensando en lo que me quería decir con aquello. Pronto me invadió el sueño.

Por la mañana me acerqué a la casa de Romila. Me encargó lavar las telas que usábamos como vendas, para ello acudí al impluvio, un lugar donde se recogía el agua de las lluvias procedente de los tejados pero en el que también había un manantial. El impluvio estaba bajo techado y allí lavábamos todas las cautivas pero también muchas pescadoras y campesinas así como las sirvientas de casas nobles de la ciudad. Aquél era el centro de rumores y de críticas y allí nos llegaban las noticias del exterior.

—Le ha llegado mucho oro a mi señor.

La que hablaba era una sirvienta del metalúrgico de Albión. El herrero de la fortaleza sobre el mar no era como el de Arán, el padre de Lesso hacía únicamente herraduras y reparaba armas e instrumentos de labranza. En cambio, el orfebre de Albión se dedicaba al arte del talle y labraba en oro toda clase de objetos preciosos, era una personalidad influyente. Había llegado desde el sur conducido por Lubbo, a quien le gustaban aquellos objetos.

—El gran Lubbo, príncipe de Albión, quiere que mi amo labre una corona toda de oro macizo, y un altar para el templo de Lug.

—Eso es mucho oro —dijeron las lavanderas.

—Claro que lo es.

—¿De dónde proviene tanto oro? —pregunté.

—De Montefurado. Lubbo ha puesto en funcionamiento las antiguas minas de los romanos. En las Médulas, en Montefurado, la montaña es destruida por la mano de los hombres y consigue oro que llega a Albión en gran cantidad. Con ese oro mantiene su poder, con él paga a los mercenarios. Los suevos no le ayudarían si no llenase sus bolsillos de oro. Al principio le apoyaron porque traicionó a Nícer. Pero después debió pagarles un tributo. Lo hizo con ese oro de las Médulas que ha extraído a golpe de esclavos.

Frente a mí, Vereca golpeaba la ropa sobre la piedra que servía de lavadero. Noté algo extraño en ella, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué le ocurre?

—Su esposo Goderico es un esclavo en las minas de oro, ella sufre por él porque muchos no sobreviven allí.

La sierva del metalúrgico continuaba hablando de la corona que su amo iba a labrar para Lubbo, mientras estrujaba la ropa, unas telas oscuras que, al contacto con el agua, destilaban un tinte rojizo.

—Lubbo es sabio, conoce los misterios de la naturaleza. Aquí habló Uma, enfadada.

—No es lo mismo ser sabio que conocer los misterios de la naturaleza. Lubbo no es sabio, es cruel y avariento, ama el oro y disfruta con el dolor ajeno. Tu amo es igual...

—Un momento...

—No, no puedes negarlo. Tu amo sólo quiere atesorar riquezas, es un judío que Lubbo trajo del sur.

La criada del judío comenzó a protestar, y comenzó una pelea entre las mujeres. Se echaban unas a otras la ropa sucia y mojada. Las miré con curiosidad; educada entre hombres, las peleas de mujeres me parecían ridículas. Así que me levanté, me puse a un lado, recogí lo que había lavado y me dirigí a la casa de Romila.

Encontré a Romila acostada.

—Niña...

—Sí, dime qué quieres, Romila.

—Toma aquellas hierbas oscuras y cuécelas, después dame la poción.

—¿Estás enferma?

—No sé, estoy triste.

—¿Qué te ocurre?

—Han llegado malas nuevas a Albión. Sé que habrá nuevos sacrificios, y ya no puedo soportarlo. Los rebeldes han vencido en varios lugares. Lubbo ofrecerá un sacrificio a su dios sanguinario.

—¿Quién morirá? ¿Yo?

—No. Tú estas protegida porque Lubbo quiere conocer tu secreto.

—¿Cómo sabes que tengo un secreto?

Romila me sonrió suavemente.

—Aquí piensan que hago un doble juego, que las espío para después traicionarlas a Lubbo. En parte es verdad. Sin embargo, yo... —calló un momento— me entero de cosas en la fortaleza y gracias a Ulge evitamos muchos males. Sabemos tratar a Lubbo.

Me di cuenta de que Romila me decía la verdad, su fama en la casa de las mujeres no se correspondía con su actitud con los enfermos, con sus desvelos con las mujeres. Guardé silencio un tiempo y tomé su mano con afecto. Entonces el semblante de Romila quedó en paz. Al cabo de un tiempo una idea me seguía rondando en la mente.

—¿Entonces a quién sacrificarán?

—Es posible que sacrifiquen a Lera. Es demasiado hermosa.

—A lo mejor no ocurre.

—Sé que ocurrirá —dijo amargamente Romila—, conozco a Lubbo demasiado bien.

—¿Por qué?

—Hace muchos años, antes de que Alvio y él se fueran, yo le quise, y en aquella época pienso que él me correspondía, pero amaba más el poder y se fue lejos. A la vuelta había perdido el ojo y estaba lleno de cicatrices; habían pasado muchos años y yo era una vieja. Nada era igual, pero yo le sigo conociendo como entonces, y me duele pensar en lo que pudo haber sido y no es, por eso intento suavizar el mal que él pueda hacer, para que no se le tome en cuenta y por eso espío.

Sentí conmiseración por Romila, pero aún más sentí una honda preocupación por Lera.

—¿No podría escapar?

—¿De Albión? ¿Por dónde? ¿El acantilado? ¿El mar abierto? ¿El río guardado por los soldados de Lubbo? No. Albión es inexpugnable. Tiempo atrás había túneles que comunicaban con otras zonas del litoral, pero Lubbo los cegó todos. Albión es una ratonera de la que no se puede escapar. Sólo hay una escapatoria y es que los rumores que me han llegado no sean verdad.

—¿Qué rumores?

—Aster y sus hombres avanzan hacia los Argenetes, y los castros de las montañas que proporcionan a Lubbo los hombres para Montefurado se han rendido. Si es así, Lubbo querrá ofrecer un presente a su dios sanguinario para volverlo a su favor. Matará una doncella en el solsticio en el templo de Lug.

—Aún queda tiempo.

—Sí, queda tiempo, pero si algo no lo remedia, ocurrirá.

Romila se volvió hacia la pared, su sufrimiento era grande. Anocheció y decidí dejarla sola. Al regresar, entre las casas del gineceo todo era como siempre; observé a un niño muy pequeño jugando con un enorme perro gris. Me dio miedo que le hiciese daño. Le levanté en el aire y el niño rió.

—¡Aupita! —dijo.

De una cabaña, a un lado, salió una mujer obesa, de grandes pechos que indicaban la lactancia. Tomó a su hijo en brazos, le besó y después le abofeteó, quizá por haberse escapado. Me reí.

Al llegar al lugar donde moraba, vi a Lera. La miré compadecida. Estaba sola, sentada sobre una saca con grano, seria, con las manos entrecruzadas sobre su regazo. Su hermoso rostro mostraba las huellas de haber llorado. Me senté en el saco de grano junto a ella, que pareció no reparar en mi presencia.

—¿Qué te ocurre?

—¡Oh! —se sorprendió ella al notar mi presencia—, nada.

—Estás muy seria.

Ella sonrió y sus grandes ojos grises se llenaron de luz.

—Sí. Estoy preocupada.

Se levantó haciendo un esfuerzo, apoyando sus manos contra la saca; después siguió:

—He visto a Lubbo. Cada vez que veo su extraña cara, presiento algo horrible. Veo el mal en su rostro y pienso que algún día me matará.

—Yo también veo cosas —dije intentando consolarla—,

no siempre se cumplen, a veces son cosas del pasado que ya han ocurrido, otras nunca sucederán. Las visiones no son fáciles de interpretar.

—No, no es eso —siguió Lera—, yo nunca tengo presentimientos, ni tengo visiones como tú. Es una sensación real que no sé cómo combatir.

—¿Qué harás? ¿Huir?

—No. Confiaré en mi Dios, sabiendo que todo lo que me espera es para mi bien, y le pediré a Ulge que me excuse del trabajo en la fortaleza de Lubbo. Así, él no me mirará con ese único ojo horrible.

La miré sorprendida de aquella extraña fe, después tomé su mano y la apreté con afecto. Nos quedamos un tiempo así, hasta que llegaron Vereca y Uma. Uma, como siempre, reía.

Vereca habló contenta:

—Han llegado rumores de que los castros del sur de Vindión se han sometido a Aster y de que el hijo de Nícer se dirige a Montefurado.

Pensando en el peligro que Lera corría caí en un sueño profundo. Durante aquel sueño vi a Aster y a sus hombres luchando en unos montes extraños y rojizos. Oí un ruido grande que me hizo despertar, el ruido de una montaña que se hundía, pero después se hicieron presentes los montes rotos, quebrados. Verdes colinas horadadas durante siglos por la mano de un duende, que dejaba cicatrices anaranjadas en sus laderas. Al frente, los montes nevados de la cordillera de Vindión, de los que descienden suavemente pendientes verdinegras y bosques espesos. En la hondonada, entre las montañas heridas, los castaños extendían sus ramas teñidas por el color amarillo y ocre del otoño; los árboles jaspeados en tonos dorados armonizaban con el color anaranjado de los picachos del yacimiento.